



El glorioso soltero

Comedia en cuatro cuadros, dividida en dos partes y un epílogo, separados por un solo intermedio, en prosa

Joaquín Calvo-Sotelo

Esta comedia fue estrenada en el Teatro Lara de Madrid, la noche del 21 de octubre de 1960.

PERSONAJES

ADRIÁN.

EMILIO.

EPIFANIO.

MARÍA IGNACIA.

ROBERTO.

NANY.

NÚÑEZ.

PURA.

Parte I



Cuadro I

La escena representa la sala de estar del piso, lujosísimo piso de soltero, que habita el ilustre dramaturgo -así le gusta a él ser llamado- don ADRIÁN Villalobos. Es un ático. Al foro hay un balcón practicable. Cuando se abra, se verá a una cierta distancia -porque el balcón es bastante profundo-, la barandilla y más allá los árboles y las luces de una señorial avenida. En la lateral izquierda hay una puerta que da a las habitaciones interiores. En la derecha otra que se supone comunica con la calle a través de un pequeño vestíbulo. Un par de salones puede separar el fondo de la escena, que da acceso al balcón, del primer término: En éste habrá un sofá, el consabido sofá en el que se han hecho las mejores escenas del teatro universal y en el que, de manera inevitable, se harán algunas -muy pocas y no tan buenas-, de esta comedia. Después, claro, habrá un pequeño mueble escritorio a la izquierda, también alguna silla ya que por burgués y despreciable que lo consideren algunos directores escénicos, los personajes han de sentarse de vez en cuando y una mesita, en el primer término izquierda, en la que el protagonista de esta verdadera historia comerá alguna noche. En las paredes, profusión de grabados y fotografías que denunciarán al espectador la profesión de su dueño. Reproducciones fotográficas de algunos carteles de sus éxitos más importantes: *Nubes de verano*, *Prohibido para mayores*, *Dos y dos son cinco*. Bocetos de decorados, fotografías de actrices y autores deificadas. Donde menos estorbe, el teléfono. El teléfono provoca con cierta frecuencia diatribas y zumbas. Se le considera como un recurso casi ilícito con que el autor se defiende en ciertos instantes de penuria. De él se hace a lo largo de *El glorioso soltero* un consumo discreto. No rebasará demasiado el cupo de llamadas permitido por la crítica, pero tendrá que sonar, lamentándolo mucho, en varios momentos. A propósito, como hay dos puertas en la casa, una exterior -la de la derecha- y otra interior -la de la izquierda- sus dos timbres sonarán con diversa proximidad. Y eso es todo. La acción de la comedia empieza en nuestros días, una mañana de abril y acaba una noche de mediados de noviembre. Luz de sol en todos los cuadros, salvo en el epílogo. Los términos derecha e izquierda, van referidos al espectador y no al actor.

Al levantarse el telón son, en efecto, las diez de una mañana maravillosa de abril. EMILIO, importante personaje de esta historia y fiel criado al servicio de ADRIÁN Villalobos desde enero de 1945, vestido con un pantalón negro y una chaquetilla gris, entra por la lateral derecha, con el desayuno -fruta y café- que deja sobre la mesita en la derecha. EMILIO -digamos de paso que cumple 66 años para San Isidro- hace mutis por la izquierda. Ahora se oye la voz de ADRIÁN Villalobos desde dentro.

ADRIÁN.- ¡Emilio!

EMILIO.- Dígame, señor.

ADRIÁN.- Búsqueme mi reloj de pulsera. Debe de estar por ahí.

EMILIO.- Sí, señor... **(Busca, en efecto, un tanto sumariamente.)**
¿Sabe usted que no lo encuentro?

ADRIÁN.- Busque, busque bien. No se dé tan pronto por vencido.

EMILIO.- **(Que sigue buscando.)** ¿No lo tendrá como siempre, en la mesilla de noche?

ADRIÁN.- No, no...

EMILIO.- ¿Ni en el bolsillo de la americana que llevé ayer?

(En este momento entra ADRIÁN Villalobos. Es un hombre que aunque está a punto de cumplir 50 años de lo cual ha de hablarse, mucho a lo largo de la comedia, puede, perfectamente, aparentar algunos menos, aunque tenga algunos más. Es, en todo caso, un hombre refinado y elegantísimo que lleva sobre el pijama una bata impecable.)

ADRIÁN.- No, no... Es extraño.

EMILIO.- Voy a ver si tengo más suerte que el señor...

(Y hace mutis por la izquierda. ADRIÁN busca como su criado, sin mayor éxito. De pronto, se interrumpe, se da una palmada en la frente y se ríe.)

ADRIÁN.- ¡Emilio! No siga buscando. Sé donde está el reloj de pulsera. **(Y sin dejar de reírse va al teléfono y marca un número.)** Hola, Nany... Buenos días... ¡Qué voz de sueño! ¿Te despierto, no? Perdóname... ¿qué tal has descansado? Bien, bien... No digas vergüenzas. Oye, ¿por casualidad me he dejado ahí el reloj de pulsera?... Ah, me alegro... Estaba inquieto. Guárdamelo. Ya me lo darás mañana. No, hoy no. Hoy estaré ocupado todo el día. No, Nany, no he cambiado. Pero ya te digo que hoy no podré verte. Entre otras cosas he de preparar la fiesta de mis bodas de oro... **(EMILIO entra a tiempo de oírle.)** No seas celosa ni simple... Mis bodas de oro con la soltería, que son dentro de dos semanas justas. Sí; sí, un banquete que doy a mis amigos. Amigos, no amigas. Así que lo siento mucho, pero te quedarás en casita... Bueno, Nany, no seas terca. Conforme... Te telefonaré. **(Con ganas de acabar pronto.)** Adiós, adiós... **(Cuelga. A EMILIO.)** Apareció el reloj, Emilio. **(Transición.)** No fuerza el gesto, hombre. Ya sé que la señorita Nany no es santo de su devoción.

EMILIO.- Qué cosas se le ocurren al señor.

ADRIÁN.- Ande, ande. Se le nota a la legua. ¿Cómo pudo ser cómico... tantos años?

EMILIO.- Perdona, pero no era malo del todo. Concretamente, el criado de «Dos y dos son cinco», modestia aparte, ahí queda.

ADRIÁN.- Sí, eso es verdad.

EMILIO.- Que al señor le gustó tanto cómo hacía mi papel, que me propuso seguirlo representando en la vida real.

ADRIÁN.- ¿Y no se arrepintió nunca de haber accedido?

EMILIO.- De ninguna manera. Primero, por devoción al señor, y segundo, porque los criados de verdad, aunque ganan menos que los del teatro, cobran siempre. Por cierto, ¿dentro de dos semanas cumple el

señor cincuenta años o he entendido mal?

ADRIÁN.- Ha entendido perfectamente. Por eso digo que celebro mis bodas de oro con la soltería, porque soltero nací y soltero me hallo. ¡Cómo pasa el tiempo!

EMILIO.- No me gusta oír al señor comentarios vulgares... Y perdóneme si le hablo con tanta franqueza.

ADRIÁN.- Tiene razón, Emilio. De haberlo puesto en boca de alguno de mis personajes, la crítica se habría encrespado. Y, sin embargo, es verdad... Parece que fue ayer.

EMILIO.- Y dale...

ADRIÁN.- Para merecer su aprobación, Emilio, le confesaré que padezco una curiosa enfermedad. Cronorrea consciente progresiva. Horrible nombre, ¿verdad? Se lo explicaré. Cronorrea: flujo del tiempo. Consciente: del que me doy cuenta. Progresiva: más cuenta cada vez.

EMILIO.- Eso, aunque no lo entiendo del todo, pienso que es más original.

ADRIÁN.- En todo caso, Emilio, si es usted tan amable de apuntarlo... (EMILIO se adelantó a las órdenes de ADRIÁN y en una pequeña agenda tomó unas notas.) Lo utilizaría en alguna obra si no temiese que la palabra cronorrea, que no es muy poética que digamos, pudiera suprimirla la censura.

EMILIO.- La censura, señor, ¿es muy rigurosa?

ADRIÁN.- (Se interrumpe. Le mira de hito en hito. Tras una larga pausa.) ¡Qué cosas pregunta usted, Emilio!

EMILIO.- Oigo mucho hablar al señor y a sus compañeros... pero, vamos no sé bien si...

ADRIÁN.- La censura es una señora encorsetada, pechisacada y con impertinentes, que ha visto poco mundo y se escandaliza por todo. Su ideal sería llevar a los espectadores igual que esas madres aprensivas a sus hijos, envueltos en bufandas y con mitones; para que no se acatarren. Mala intención no tiene aunque algunos le atribuyen unas ganas gratuitas de fastidiar al prójimo. Su error principal consiste en dar más valor literario a las siete virtudes que a los siete pecados capitales.

EMILIO.- ¿Y es al revés?

ADRIÁN.- Sí. Por desgracia -yo soy el primero en lamentarlo- desde que el mundo es mundo, con las virtudes se ha hecho solamente literatura de estampitas.

EMILIO.- Pero sus obras acaban siempre con el triunfo de los buenos.

ADRIÁN.- A los buenos hay que hacerles triunfar en el teatro; para compensarles de la frecuencia con que se les derrota en la vida. Si los buenos no triunfaran siempre en el teatro y en el cine, aún serían más escasos de lo que son. (EMILIO va a apuntar.) No apunte eso, es corrosivo.

EMILIO.- Descuide.

ADRIÁN.- Y prepáreme el baño, Emilio.

EMILIO.- Sí, señor.

(Mutis por la izquierda.)

ADRIÁN.- Mi sobrina María Ignacia, ¿no dio aún señales de vida?
(Abre alguna carta.)

EMILIO.- **(Desde dentro.)** Pues... no.

ADRIÁN.- ¿Qué hora es Emilio?

EMILIO.- Las once.

ADRIÁN.- ¿Y mi secretario?

EMILIO.- No llegó aún.

ADRIÁN.- Este Epifanio... Se le habrán pegado las sábanas.

EMILIO.- ¿Está usted muy contento de él, señor?

ADRIÁN.- Hombre, Emilio, la verdad: me parece que le voy perdiendo confianza: no le veo claro. **(Entra EMILIO.)** ¿A usted es que no le cae bien?

EMILIO.- A mí, me cae muy mal desde el primer día. Bueno, yo soy un poco maniático y las barbitas; en general, nunca me han hecho tilín. Las barbas de verdad, esas, sí, las respeto mucho. Pero las otras... Y las que lleva el señorito Epifanio, vamos, es que no sé ni cómo se atreve a salir con ellas a la calle.

ADRIÁN.- Es el uniforme de los aprendices literarios, como lo fue hace ya años, de los gastadores del Regimiento de León.

EMILIO.- Y ese niño, ¿será capaz de escribir algún día una comedia como Dios manda?

ADRIÁN.- Hombre, exactamente como Dios manda, acaso no. Pero una comedia, sí. **(Transición. Suena el timbre de la puerta exterior.)** Ahí llega.

EMILIO.- Quizá sea don Roberto. Telefoneó para preguntar si se había levantado el señor.

ADRIÁN.- Espero que, al menos don Roberto, disfrute de sus simpatías, Emilio.

EMILIO.- Ése es oro puro.

(Mutis por la derecha. Regresa enseguida.)

El señorito Epifanio.

(Entra EPIFANIO. EPIFANIO es un muchacho de veintitantos años. Viste en efecto el uniforme de los aprendices literarios, lo que es en definitiva, a juicio de ADRIÁN: pantalón de franela gris, chaqueta de pana, chalina. El pelo es corto e hirsuto. Luce bosquejo de barba bastante arbitraria.)

ADRIÁN.- ¿Qué te pareció el estreno de anoche?

EPIFANIO.- Buenos días, jefe.

ADRIÁN.- ¿Qué te pareció el estreno de anoche?

EPIFANIO.- Nauseabundo.

ADRIÁN.- Eh, eh... qué radicalismo.

EPIFANIO.- Vaya a verlo y ya me dirá. Porque usted no estaba en el teatro.

ADRIÁN.- Pues la crítica no opina como tú. ¿Leíste a Núñez?

EPIFANIO.- **(Desdeñoso.)** Bah... la crítica. Tenía que haberlos oído.

ADRIÁN.- Bueno, hombre, bueno... En fin: vamos a ver si trabajamos un poco. Hay que hacer la lista de los invitados a la comida del 25. La mayoría son solteros, claro, porque yo quiero que ése sea un acto de afirmación de soltería.

EPIFANIO.- ¿Tanto cree en la bondad de ese estado, jefe?

ADRIÁN.- Pero, hombre, Epifanio... Cuando me veo obligado a concluir mis comedias en boda, los remordimientos me asaltan, como si difundiese una doctrina socialmente nociva. Si la censura me dejase, yo escribiría un himno a la soltería, en tres actos y en prosa, con el título de *El glorioso soltero*.

EPIFANIO.- ¿Y teme que la censura...?

ADRIÁN.- Sí. A los solteros nos tiene poca simpatía. Es comprensible. La censura sirve al Estado y el Estado no nos mira con buenos ojos. El Estado quiere que se tenga hijos. Los solteros colaboramos a esa finalidad sin gana y sin firmar. Por ese motivo, apenas uno de los nuestros pisa las tablas, la censura se pone nerviosa y le vigila como a un anarquista.

EPIFANIO.- ¿Y nunca se sintió solo, jefe?

ADRIÁN.- Mi soltería, no es sinónimo de soledad, Epifanio. Tengo sobrinos y, por si fuera poco, en el bajo. Eso me tranquiliza igual que si viviese junto al segundo Parque de Bomberos o a la Clínica de Urgencia. En fin, veamos la lista. Naturalmente, invitaremos a José María Cossío, a Pedro Chicote, López Rubio, Mihura, García Viñolas, Melchor Fernández Almagro, a Julio Camba, a Fernández Flórez; que nos presidirá. De Barcelona, a Federico Bernades, a Antonio Feliú... Tengo otra lista en mi cuarto. Lo que debes ir haciendo tú es apuntar las señas. En mi libro de direcciones encontrarás las de la mayoría.

EPIFANIO.- **(EPIFANIO busca en uno de los cajones de la librería.)** ¿El banquete es a la hora del almuerzo o por la noche?

ADRIÁN.- ¡Qué cosas preguntas, querido Epifanio! Por la noche. No lo olvides nunca. La noche es la patria del soltero.

EMILIO.- **(Por la izquierda.)** Ya tiene el baño.

ADRIÁN.- Pues entonces, vamos a bañarnos.

EMILIO.- Gracias, señor, por el plural.

ADRIÁN.- Ah, bien, bien rectificado. Iré a bañarme. **(EPIFANIO inicia el mutis por la izquierda en el mismo momento en que suena el teléfono. EMILIO lo coge.)** ¿Qué misteriosa relación existirá entre el teléfono y el baño que basta que uno hable de ir a bañarse para que suene?

EMILIO.- Dígame... No; el señor está con el profesor de ruso y no puede ponerse al aparato.

ADRIÁN.- **(En voz baja, con tono aprobatorio,)** Magnífico; Emilio.

Lo del profesor de ruso es original y delicadísimo... «El señor está en el baño». ¡Qué grosería! ¡Qué falta de estética!

(Y se va definitivamente por la izquierda.)

EMILIO.- De parte de la Revista Atalaya. **(Con el gesto de informar a EPIFANIO de lo que te preguntan.)** Sí, sí, ya le entiendo... Una encuesta. «¿Qué tres libros llevaría usted a la Luna?»... Que ya ha contestado el doctor Blanco Soler, Luis Miguel Dominguín y Nati Mistral... Bueno, bueno... Cuando termine la clase se lo diré al señor Villalobos. Adiós. **(Cuelga.)**

EPIFANIO.- ¿Donde anda la guía de teléfonos?

(Mutis de EPIFANIO por la izquierda. Ha sonado el timbre de la puerta exterior. EMILIO va a abrirla. Inmediatamente regresa precedido de MARÍA IGNACIA. MARÍA IGNACIA es una preciosísima criatura de 20 años. Rubia, morena, ¿qué puede importarnos eso? Es, en todo caso, fragante, con luz por dentro, con un punto de pasión y de misterio que aún no cuajó completamente pero que, un día u otro se desenvolverá en su plenitud. Sí, eso ha de suceder de una manera, gracias a Dios, inevitable, si bien tardará todavía. ¿Allá para 1969, para 1976? ¡Quién sabe! Ahora; por el momento, lo que sobresale en ella es el candor de la mirada y un cierto desvalimiento, como si se viese sola y en peligro. Viste un sencillo traje de mañana, porque parece dispuesta a aprovechar el buen sol de abril para embellecer la calle de Serrano.)

MARÍA IGNACIA.- ¿Y el tío?

EMILIO.- Arreglándose, señorita María Ignacia.

MARÍA IGNACIA.- **(Desde el umbral de la izquierda.)** ¡Tío Adrián!

ADRIÁN.- **(Desde dentro.)** Buenos días, Pulguita.

MARÍA IGNACIA.- ¿Tardas mucho?

ADRIÁN.- Salgo enseguida.

(EMILIO hace mutis por la izquierda.)

¿Qué te pareció la comedia de Gardoqui?

MARÍA IGNACIA.- Fina... **(Pausa.)** Rollín... **(Pausa.)** Aplausines...

ADRIÁN.- Ya me darás más detalles...

MARÍA IGNACIA.- **(El teléfono vuelve a sonar. MARÍA IGNACIA lo coge.)** ¿Quién es? **(Un tanto irritada.)** ¿Cómo qué quien soy yo?

EMILIO.- **(EMILIO llega a tiempo de hacerse cargo del teléfono, que quita de las manos de MARÍA IGNACIA con un gesto convencional)** No. El señor está con el profesor de ruso. No, ahora no puede. No son cuentos, no... Ya le diré que la llame. Muy bien, señorita.

(Cuelga. Inicia el mutis)

MARÍA IGNACIA.- **(Imprecisamente.)** La señorita Nany, claro.

EMILIO.- Pues, sí.

MARÍA IGNACIA.- ¿Le gusta a usted?

EMILIO.- Guapa sí lo es. Pero más loca que un cencerro.

MARÍA IGNACIA.- ¿Por qué le dura a don Adrián?

EMILIO.- Es la costumbre.

MARÍA IGNACIA.- ¿Solo?

EMILIO.- No desprecie la costumbre, señorita. Tira tanto como la pasión, sólo que más tiempo.

(EPIFANIO entra por la izquierda. Trae la lista de los invitados al banquete del 25.)

EPIFANIO.- Hola.

MARÍA IGNACIA.- Hola.

(Mutis de EMILIO.)

¿Qué es eso?

EPIFANIO.- La lista de invitados para el banquete de sus bodas de oro de soltero.

(Va al escritorio. Pone las direcciones en la lista.)

MARÍA IGNACIA.- Cincuenta años... Como si tuviera treinta.

EPIFANIO.- Tanto, no. Pero joven sí está. Sólo que a esas edades...

MARÍA IGNACIA.- ¿Qué?

EPIFANIO.- Se desmoronan fácilmente. Una gripe, un poco de fiebre y en pocas horas, se hacen unos viejecitos.

MARÍA IGNACIA.- Bah... El tío Adrián no tiene una arruga. Se despierta sin ojeras, como una rosa.

EPIFANIO.- Mira a los de su tiempo. Gardoqui anda ya con la dentadura postiza. El otro día se le salió hablando en la televisión.

MARÍA IGNACIA.- Justamente cuando le gastaba unas pullitas al tío. Fue como un castigo de Dios. Adrián podría ser hijo suyo.

EPIFANIO.- Bueno, bueno... tampoco es oro todo lo que reluce, que el pronto que le dio hace unos meses...

MARÍA IGNACIA.- Bah... un corte de digestión lo tiene cualquiera. Tía Pura le atendió... Un susto, sí... pero sin consecuencias. ¿No firmarías estar como él a su edad?

EPIFANIO.- **(Sin deslumbrarse.)** ¡Bah!

MARÍA IGNACIA.- Y hablando de otra cosa. ¿Fuiste tú de los que tosían anoche?

EPIFANIO.- Yo no toso, pateo.

MARÍA IGNACIA.- Eras, entonces, de los que pateaban.

EPIFANIO.- Por principio, yo pateo siempre en los estrenos de todos los que tienen más de cincuenta años y, en particular, en los de Gardoqui.

MARÍA IGNACIA.- Ya veremos lo que pasa cuando estrenes tú.
(Recoge la lista y cruza al otro lado de la escena.)

EPIFANIO.- Espero saberlo en octubre.

MARÍA IGNACIA.- ¿Y qué estrenas?

EPIFANIO.- Si me dejan *El hombre y el trigo*, un drama del que es protagonista un médico del Seguro de Enfermedad. En el que estudio el problema de la avitaminosis en las ciudades superpobladas.

MARÍA IGNACIA.- Ah, muy bien... ¿En octubre, dices? El tío estrenará *El caso de Matías Sanjulián*, por esas fechas.

EPIFANIO.- **(Agresivo.)** Don Adrián estrena en esas y en todas.

(ADRIÁN entra por la puerta izquierda. Viene calzado y con los pantalones de un traje de mañana que oculta su bata. Se le ve pulcro, recién afeitado, oliendo a agua de colonia. Trae camisa y corbata.)

ADRIÁN.- ¿Qué tal, Pulguita? **(La besa cariñosamente.)**

MARÍA IGNACIA.- Hola, tío Adrián.

ADRIÁN.- ¿Qué te trae por esta casa tan temprano?

MARÍA IGNACIA.- Necesitaba hablar contigo.

ADRIÁN.- Estoy a tus órdenes.

MARÍA IGNACIA.- ¿No nos interrumpirá nadie?

ADRIÁN.- **(A EPIFANIO que iniciaba discretamente el mutis por la izquierda.)** Epifanio: corta todas las comunicaciones por tierra, mar y aire con esta habitación. Si alguien intenta burlar tu vigilancia, échale con cajas destempladas.

EPIFANIO.- Muy bien.

(Y se va por la izquierda. Quedan solos tío y sobrina.)

ADRIÁN.- Veamos de qué se trata. **(Se sienta.)**

MARÍA IGNACIA.- **(Decidida.)** De Nany. Te sorprende, ¿no?

ADRIÁN.- Mujer...

MARÍA IGNACIA.- Es la primera vez que te la nombro.

ADRIÁN.- Desde luego.

MARÍA IGNACIA.- Mira, tío Adrián. Hasta que no tuve uso de razón, bueno, uso de razón para estas cosas, siempre que se referían a ti me echaban como cuando se cuentan cuentos de loros. Eso me intrigaba muchísimo y yo obedecía, claro, pero me quedaba fuera escuchando con las orejas muy abiertas. Motivo por el cual conozco tus andanzas perfectamente desde niña.

ADRIÁN.- Vaya...

MARÍA IGNACIA.- El día que me dejaron seguir sentada, fue como si hubiese entrado en la mayoría de edad. Durante varios años, se habían referido siempre «a la de turno», así, de una manera borrosa. Parece que eran varias, pero todas tan parecidas unas a otras que no valía la pena de distinguirlas. O que resultaba difícil.

ADRIÁN.- Mujer... algunos puntos de uniformidad sí había entre ellas... pero con sus matices diferenciales, no creas.

MARÍA IGNACIA.- Para mí eran «las guapitas» de tío Adrián.

ADRIÁN.- Vaya.

MARÍA IGNACIA.- Llamándolas así, era como si no les diese importancia, como si las situase en una zona de tu vida que no fuese muy principal, en una especie de arrabales, de suburbios de tu vida. **(Transición.)** De pronto, «da de turno», según tía Pura, «la guapita», tomó un nombre concreto: Nany. Si vengo a hablarte de ella es porque me parece que las cosas han cambiado.

ADRIÁN.- Traes unos aires inquisitoriales que me asustan, María Ignacia.

MARÍA IGNACIA.- Te seré sincera. A tía Pura no le gusta que yo suba aquí.

ADRIÁN.- ¿Es posible? No parece sino que... mi «guapita» viviese conmigo o contaminase el piso.

MARÍA IGNACIA.- Tía Pura no debe de estar muy tranquila y cuando me ve subir frunce el ceño. Y a mí me da una pena enorme que, el día menos pensado, lo frunza de tal manera, que yo me vea obligada a renunciar a visitarte.

ADRIÁN.- ¿Es casi un ultimátum?

MARÍA IGNACIA.- No, tío Adrián, pero...

ADRIÁN.- He de hablarte, María Ignacia, con franqueza. Porque juzgas las cosas simplemente y, por tanto, con rigor. A tu edad, o se absuelve o se condena a muerte. Y son pocas las acciones humanas que merecen esas sentencias extremas. Vayamos por partes... «Las de turno», no alarmaban. Eran aves de paso que no adquirirían derechos, que no dejaban señales...

MARÍA IGNACIA.- Acaso, sí.

ADRIÁN.- Nany es harina de otro costal. ¿Tú la conoces?

MARÍA IGNACIA.- De fotografía.

ADRIÁN.- ¿Te gusta?

MARÍA IGNACIA.- ¡Bah! Otras has tenido mejores. Por ejemplo, Justina Alfonso.

ADRIÁN.- Es posible.

MARÍA IGNACIA.- Para que veas. De la Alfonso presumía yo en el colegio.

ADRIÁN.- Mira...

MARÍA IGNACIA.- Porque acababa de hacer *Ojos verdes*, que fue su mejor película. Y yo me daba tono ante mis compañeras diciendo, así, al pasar: «Es el amor de mi tito».

ADRIÁN.- Nany no es Justina; no, estoy de acuerdo contigo. ¿Y sabes, sin embargo, por qué dura más que ella? Por dos razones: la primera, porque a mí me falta energía para licenciarla y, la segunda, porque no existe otra a quien le haga ilusión sustituirla.

MARÍA IGNACIA.- ¡Bah!

ADRIÁN.- Escucha, María Ignacia: Veo que del hecho de tener una mujer a mi lado, me absolvéis con cierta generosidad. De que me dure, ya menos. Antes me duraban poco porque esos dos movimientos que te dije se producían con un ritmo mucho más agitado que ahora. Mi curiosidad

era insaciable y me llevaba a renovarlas con frecuencia. Pero ellas se sentían nerviosas delante de mí y se esforzaban en quitarse el puesto.

MARÍA IGNACIA.- Esa impaciencia, ¿se les ha pasado ya?

ADRIÁN.- Mujer, pasar, pasar... Desde luego, les ha disminuido.

MARÍA IGNACIA.- Nany, entonces, es consecuencia de tu cansancio.

ADRIÁN.- Y de que ninguna de sus amigas... ni de las mías, se decidió a destronarla.

MARÍA IGNACIA.- ¿Te divierte?

ADRIÁN.- Es curioso... Si me hubieses preguntado ¿la quieres? ¿la admiras?, te habría contestado que no. Acaso a todo te hubiese contestado que no. Pero me has ido a preguntar algo a lo que tengo que contestar que sí. Nany me divierte.

MARÍA IGNACIA.- ¿Es graciosa?

ADRIÁN.- Es inesperada, incomprensible. Nunca se adivina por dónde saldrá. Su ignorancia es fabulosa. Mira que, en este país, llamar la atención por eso es difícil. Pues Nany me lleva de asombro en asombro. Hasta que la conocí, creía que la semana tenía ocho días y que los años bisiestos eran aquellos en los que había eclipses.

MARÍA IGNACIA.- ¿Y cómo puedes andar al lado de una mujer semejante?

ADRIÁN.- Porque la ignorancia absoluta atrae tanto como la sabiduría. Nany es igual que Madame Stäel, que la Pardo Bazán, sólo que al revés. Y eso tiene cierto encanto, cierto *sex-appeal*.

MARÍA IGNACIA.- **(Dudosa.)** ¿Sí?

ADRIÁN.- Y porque además, desde lo profundo de su ignorancia, Nany me admira incondicionalmente. Y eso, María Ignacia, ¿por qué ocultártelo?, para mí es, como el pan, un artículo de primera necesidad.

MARÍA IGNACIA.- No serán admiradoras las que te falten.

ADRIÁN.- Así, tan deslumbradas como ella, entran pocas en libra.

MARÍA IGNACIA.- Bueno, de cuanto acabo de oírte se deduce que hay Nany para mucho rato.

ADRIÁN.- Y tía Pura, ¿por qué tiene que tomarlo tan trágicamente?

MARÍA IGNACIA.- Le da pena que esto tuyo sea difícil de romper. Mi tía, al fin y al cabo hermana de mi madre, que te adoraba, ¿no?, te quiere mucho a tí... pero tu mujer temo que no le gustase igual. Yo quiero mucho a tío Adrián, pero quizá tía Nany no me cayese tan bien.

ADRIÁN.- **(Sorprendido.)** ¿Tía Nany?

MARÍA IGNACIA.- Una de las veces que me echaron de la sala, fisgando detrás de las puertas, me enteré de que el marido de Nany vivía en Panamá desde 1948.

ADRIÁN.- Exacto.

MARÍA IGNACIA.- La noticia justificaba la expulsión porque yo, hasta entonces, creía que este lío vuestro era de los sencillitos.

ADRIÁN.- ¿Cuáles son los sencillitos?

MARÍA IGNACIA.- Los líos entre solteros.

ADRIÁN.- La complicación empieza cuando uno de los dos es casado, ¿no?

MARÍA IGNACIA.- Sí, señor. Y, si los dos lo son, entonces es ya el superlío.

ADRIÁN.- ¡Qué tecnicismo el tuyo, María Ignacia!

MARÍA IGNACIA.- Siendo sobrina y vecina tuya, se aprende mucho. Si hoy he subido para plantearte esto, es porque ayer supe que «el panameño» decidió dejar viuda a Nany hace una semana.

ADRIÁN.- Le cayó una cornisa al pobre. Fue la cornisa la que tomó la decisión. **(Pausa.)** ¿Quién te lo contó? ¿Epifanio?

MARÍA IGNACIA.- Por Dios, ese tipo... Y ahora todo tiene otro aire, ¿comprendes? **(Se apoya en la silla del escritorio.)** Por una parte, puedes arreglar las cosas... Por otra desarreglarlas más todavía.

ADRIÁN.- Ya... **(Larga pausa.)** Pulguita: me conmueve esta gestión tuya, tan diplomática, tan enternecedora, tan de... misionera.

MARÍA IGNACIA.- Qué bien escoges las palabras.

ADRIÁN.- Es mi oficio. Preferir unas a otras.

(Suena el timbre de la puerta.)

EMILIO.- ¿Abro, señor?

MARÍA IGNACIA.- Abra, sí... Pero me parece, tío Adrián, que me voy con las manos vacías. **(Cruza a la derecha.)**

ADRIÁN.- ¡Y quién sabe!

(ROBERTO PÁEZ entra en escena, seguido de EMILIO, ROBERTO es un hombre exuberante, un poco tosco, dotado de una gran simpatía y a la vez de la singular fortuna de ser dueño de uno de los restaurantes más afamados de Madrid.)

ROBERTO.- **(A MARÍA IGNACIA.)** Hola, María Ignacia.

MARÍA IGNACIA.- Buenos días, don Roberto.

ROBERTO.- ¿Qué hay, gran hombre? ¿Todavía estás sin arreglar?

MARÍA IGNACIA.- No es suya la culpa. Yo le he entretenido más de la cuenta.

ADRIÁN.- ¿Qué pasa hoy?

ROBERTO.- ¿Olvidaste que es la tienda de Higares?

ADRIÁN.- Demonio, ni acordarme.

MARÍA IGNACIA.- No te robo más tiempo.

ADRIÁN.- Robármelo... ¿Qué te parece, Roberto, lo que hay que oír? ¿No es maravilloso? Tú no me robas nada, Pulguita. Tú, al contrario, me haces un regalo estupendo.

ROBERTO.- A propósito. Cumplí tu encargo. Toma. **(Le entrega cuidadosamente envuelto uno de esos largos brazos rematados en una mano de pasta o de marfil que llegan allí donde no alcanzan los naturales y sirven para aliviar la piel de molestos picores.)**

ADRIÁN.- **(Lo usa en su propia espalda.)** ¡Qué maravilla! Dios te

lo pague, Roberto. Fíjate el detalle, María Ignacia: la mano es de mujer.

ROBERTO.- Los solteros necesitamos... que nos echen una mano.

ADRIÁN.- Claro, hombre, claro.

MARÍA IGNACIA.- Solteros conozco yo que no la necesitan.

ADRIÁN.- No nos azares.

MARÍA IGNACIA.- Bueno, me voy. Piensa en lo que te he dicho.

ADRIÁN.- Lo pensaré. Adiós, Pulguita.

ROBERTO.- Adiós, María Ignacia.

(Mutis de Pulguita.)

ADRIÁN.- Perdóname... Tardo dos minutos.

(Y hace mutis por la izquierda. Casi simultáneamente vuelve a entrar MARÍA IGNACIA por la derecha.)

MARÍA IGNACIA.- Don Roberto...

ROBERTO.- ¿Qué hay?

MARÍA IGNACIA.- Usted quiere mucho a Adrián, ¿verdad?

ROBERTO.- ¡Qué preguntas! Imagínate... Para mí es un ser aparte. Compañeros de banco en el colegio de San Pablo, no te digo más. Ya se veía adónde iba a llegar él... Y adónde iba a llegar yo.

MARÍA IGNACIA.- No se haga de menos, que ser dueño de un restaurante como el suyo no es ninguna tontería.

ROBERTO.- ¿Es que le pasa algo a Adrián?

MARÍA IGNACIA.- Sí. Usted conoce a Nany, claro.

ROBERTO.- **(Vacilante.)** Pues... sí.

MARÍA IGNACIA.- ¿Qué le parece?

ROBERTO.- **(Sin poder contenerse.)** ¡Un monumento!

MARÍA IGNACIA.- Pero... ¿cree que le conviene a Adrián?

ROBERTO.- Ah, eso... no sé.

(EPIFANIO entra por la izquierda y se sienta en el *secrétaire*.)

MARÍA IGNACIA.- ¿Cuándo podríamos hablar unos minutos?

ROBERTO.- Yo estoy a tu disposición, hija.

MARÍA IGNACIA.- ¿Le telefono al Mirlo Blanco?

ROBERTO.- Magnífico.

MARÍA IGNACIA.- Naturalmente, ni una palabra al tío.

ROBERTO.- Estate tranquila. Guardaré el secreto.

MARÍA IGNACIA.- Adiós.

ROBERTO.- Hasta mañana.

(MARÍA IGNACIA se va por la derecha. ROBERTO, queda unos segundos preocupado. Ahora se vuelve y ve a EPIFANIO.)

Anda... ¿Estabas ahí, futuro autor?

EPIFANIO.- Ya ve que sí.

ROBERTO.- No me había dado cuenta, muchacho.

EPIFANIO.- ¿Que le sucede a María Ignacia? (**Gira en la silla.**)

ROBERTO.- Nada...

EPIFANIO.- (**Muy harto, ignoramos por qué.**) Ay, qué niña...

ROBERTO.- Pero, Epifanio...

EPIFANIO.- (**Mordiéndolo las palabras, casi agresivamente.**) ¡Ay, qué niña...!

TELÓN

Cuadro II

El mismo decorado. Cestas de flores, terrinas, paquetes con diversos regalos, cartas, telegramas. En el término del fondo un cartel dibujado un poco ingenuamente que dice «Felicidades» en torno a la cifra 50. Luz de día.

ADRIÁN, vestido de traje claro, se pasea de un lado a otro de la habitación con aire de visible enfado. EPIFANIO en la mesita y ROBERTO junto al umbral de la puerta, asisten con cierto aire pasivo a cuanto sucede. EMILIO está al teléfono.

EMILIO.- Sí, es la casa de don Adrián Villalobos. No, no, la noticia es falsa. Se trata...

ADRIÁN.- (**Vociferante.**) De una broma de mal gusto.

EMILIO.- Es una broma de mal gusto... No, no sabemos quién ha podido ser. Perfectamente. Muchas gracias... Sí, señor Mihura... Ya se lo diré. (**Cuelga.**)

ADRIÁN.- ¿Qué le pasa al señor Mihura?

EMILIO.- Llamaba para saber si era cierto lo que dicen los periódicos. Cuando le he dicho que no, me ha encargado que le felicitase por su cumpleaños.

ROBERTO.- Siéntate, Adrián.

ADRIÁN.- (**Suena el teléfono. EMILIO va al aparato.**) A mis nervios les conviene un poco de ejercicio.

ROBERTO.- Pero ten en cuenta los nervios de los demás.

(**ADRIÁN va a contestarle y tal vez destempladamente, pero EMILIO se interpone.**)

EMILIO.- Sí, si ya le he conocido. Es el señor García Viñolas que deseaba saber si...

ADRIÁN.- ¿Y por qué me consulta a cada llamada, Emilio? ¿Tengo que estarle repitiendo siempre que no es verdad?

EMILIO.- Señor García Viñolas: la noticia no es cierta. Sí, hoy es su

cumpleaños y, naturalmente, se celebrará el banquete anunciado en El Mirlo Blanco. Muchas gracias. Se lo diré. **(Cuelga.)**

ADRIÁN.- Es inverosímil... **(Suena de nuevo el teléfono.)** ¿Por qué no lo descuelga, Emilio, para que nos deje en paz o, por lo menos, lo conmuta?

EMILIO.- Sí, voy a ponerlo dentro.

(Da a una clavija que hay cerca del teléfono. Éste deja de sonar en escena. Mutis de EMILIO.)

ROBERTO.- Hoy la Telefónica se hace de oro. Y eso que es temprano todavía y apenas si se ha difundido la cosa... Verás dentro de poco.

ADRIÁN.- ¿Y Núñez? ¿Cuánto va a tardar Núñez?

EPIFANIO.- Jefe: dijo que se pasaría por aquí apenas supiese algo concreto. Pero no le será tan fácil.

ROBERTO.- Núñez te quiere. Siempre te hace unas críticas muy simpáticas, Llegará con noticias frescas.

ADRIÁN.- ¿Quién? ¿Quién puede haber sido el miserable? Si estuviese al alcance de la mano...

EMILIO.- **(Por la izquierda.)** Don Melchor Fernández Almagro desea hablar al señor personalmente.

ADRIÁN.- **(Se ríe, a pesar suyo.)** En el fondo, no deja de tener cierta gracia lo que se han alarmado los solteros.

(EMILIO se va. ADRIÁN conmuta la palanca y coge el teléfono. Hay una pausa.)

¿Qué hay, querido Melchor? No, no... Felicidades, sí, porque en efecto, hoy cumpla cincuenta años... Pero enhorabuena, no, porque no es cierto que me case. Sí, sí... Los periódicos dan la noticia, pero es falsa... No sé quién la habrá enviado, y en este momento estoy intentando averiguarlo. Sí, hay mucho gracioso suelto... Hasta la noche, ¿eh querido Melchor? Un abrazo muy fuerte... **(Cuelga.)** Vengan los periódicos. Un momento: cotejemos la noticia. **(Él se queda con ABC, da a EPIFANIO el Ya y a ROBERTO Arriba.)** ¿Listos? Leamos a la vez.

LOS TRES.- **(Leen simultáneamente haciendo las pausas que marcan los guiones. En cada una de ellas se miran como músicos que no quisieran perder el compás.)** Para muy en breve se anuncia -la boda de la señorita María Ignacia Villalobos y Solís- con el ilustre escritor y dramaturgo don Adrián Villalobos.

ADRIÁN.- El texto es idéntico en los tres, palabra por palabra.

EPIFANIO.- Eso no puede extrañarle, jefe. Ha salido de una misma mano. Es evidente.

ADRIÁN.- «Para muy en breve»... Es un giro un poco redicho, un poco literario... ¿Si o no, Epifanio?

EPIFANIO.- Sí... vieja escuela.

ADRIÁN.- ¿Qué entenderás tú por vieja escuela? En fin resumamos.

O la noticia es una broma y entonces el número de los que han podido gastármela es infinito, o persigue una finalidad, y hay que pensar cuál puede ser.

ROBERTO.- Sí, señor. De acuerdo.

ADRIÁN.- Esa finalidad es la de favorecer o perjudicar a alguna de las dos personas a las que se refiere la noticia. O a María Ignacia o a mí. En cuanto a María Ignacia...

ROBERTO.- La favorece...

EPIFANIO.- **(Simultáneamente.)** La perjudica.

ADRIÁN.- **(Se les queda mirando.)** Ajá... División de opiniones.

ROBERTO.- **(Explica su tesis.)** Menudo postín para la chiquita... Un hombre como su tío enamorado de ella y llevándola al altar.

ADRIÁN.- ¿Qué opinas de esto, Epifanio?

EPIFANIO.- Si fuese cierto, sí, pero como no lo es.

ADRIÁN.- **(Ambiguamente.)** Ya... En cuanto a mí la noticia...

ROBERTO.- Te perjudica.

EPIFANIO.- **(Simultáneamente.)** Le favorece.

ADRIÁN.- Vaya, ni por casualidad opináis lo mismo.

ROBERTO.- Te perjudica, porque te pone en evidencia.

EPIFANIO.- Le da cartel.

ADRIÁN.- ¿Puedo exponer mi opinión? **(Los dos le miran un poco extrañados.)** A mí esto me va a traer un disgusto serio con Pura y con mi sobrina María Ignacia.

EMILIO.- Él practicante dice que ya está lista la inyección, señor.

(Mutis de ADRIÁN seguido de EMILIO, por la izquierda. Pausa.)

ROBERTO.- Y María Ignacia, ¿qué edad tiene?

EPIFANIO.- Acaba de cumplir veinte años.

ROBERTO.- Caramba... Claro que Adrián está hecho un joven, pero la diferencia es bastante grande. Hoy, acaso no, pero mañana...

EPIFANIO.- Imagínese... Cuando ella tenga treinta años, él tendrá sesenta.

ROBERTO.- Sí, Sí.

EPIFANIO.- Cuando él tenga setenta, ella cuarenta.

ROBERTO.- Bueno, en realidad, esas serían las fechas difíciles. Porque después, ya apenas si... A los ochenta, cincuenta, a los noventa, sesenta...

EPIFANIO.- Claro, claro. Y a partir de los cien...

ROBERTO.- Es el bache, amiguito, lo que impresiona un poco.

EPIFANIO.- Pero, bueno, no sé por qué hacemos estos cálculos como si la noticia tuviese algún fundamento.

ROBERTO.- Es verdad. Yo te confieso que, en un primer instante, sentí una zozobra... Otra torre que cae, pensé para mi capote.

EPIFANIO.- ¿A qué torre se refiere?

ROBERTO.- Todo soltero fuera de los límites naturales es como una torre que sigue en pie, resistiendo las asechanzas que les rodean siempre. De pronto, se anuncia la boda de Adrián. El ejemplo es demoledor.

EPIFANIO.- Hombre...

ROBERTO.- Sí, hijo, sí. Somos muy pocos ya y, en esas circunstancias, el que se casa es como si traicionase a los demás. Tanto es así que este invierno, cuando la viuda de López Domínguez me puso buena cara, si no me decidí a seguir adelante, fue por Adrián.

EPIFANIO.- Si desconfía de él, cásese.

ROBERTO.- Ya es tarde. La tal viudita ponía buena cara, así, en general, a casi todo el mundo. A uno de los que se la puso fue a Alejandro Muñiz y el viernes les echaron las bendiciones.

ADRIÁN.- **(Entra de nuevo terminando de ponerse la americana.)** Y Nany, Roberto, ¿has pensado en Nany? Que, por cierto, cuando se entere va a armar la de Dios es Cristo.

ROBERTO.- No se me había ocurrido.

ADRIÁN.- A Nany no le faltan enemigos. Si la noticia hubiese sido cierta, Nany sería la que saliese perdiendo.

ROBERTO.- ¿Y algún enemigo de María Ignacia?

EPIFANIO.- ¿Y qué enemigos va a tener una muchacha como María Ignacia?

EMILIO.- El señor Núñez ha telefoneado para decir que viene hacia aquí enseguida. **(Suena el timbre. EMILIO hace ademán de ir a abrir la puerta.)**

ADRIÁN.- ¡Un momento, Emilio! Mira quién es antes de abrir.

(EMILIO hace mutis por la derecha. Todos quedan a la expectativa, animados de una evidente curiosidad.)

EMILIO.- **(Reaparece.)** La señorita Nany.

ADRIÁN.- ¿Nany aquí? ¿Cómo se atreve? ¿Está usted seguro?

EMILIO.- Pues claro que sí.

ADRIÁN.- Es la primera vez en su vida que se levanta tan temprano.

ROBERTO.- Con lo que eso excita.

ADRIÁN.- **(A EMILIO.)** ¿Qué cara trae?

(EMILIO pone un gesto inquietante.)

ROBERTO.- Viene a hacer una escena.

ADRIÁN.- Eso desde luego. El problema es saber cuál. Suele servirse de las que está representando.

ROBERTO.- Pues, ojo, trabaja en la radio.

ADRIÁN.- Entonces no nos salva ni la paz ni la caridad. **(El timbre suena de nuevo, acusando cierta impaciencia. EMILIO se dispone a abrir. ADRIÁN le detiene.)** Un momento: quitemos los objetos arrojados.

(Todos se dedican a buscar por la escena los que tienen esa condición, y a cargar con ellos a EMILIO, que hace mutis por la

izquierda.)

ROBERTO.- Pero con dos palabras que digas la desarmas, Adrián.

ADRIÁN.- El caso es que no voy a decirlas, ¿y sabes por qué?

EPIFANIO.- ¿Se casa?

ADRIÁN.- ¡Qué, absurdo! Quiero saborear el placer de ver cómo grita y se desmelenas y me amenaza con envenenarse, ¿entendéis?

ROBERTO.- Eres un morbosos. **(Suena de nuevo el timbre.)** Está tomando presión.

ADRIÁN.- Vaya, listos. Tú, Epifanio, llámame al teléfono desde el piso de al lado dentro de cinco minutos justos.

EPIFANIO.- **(Extrañado.)** ¿Para qué?

ADRIÁN.- Obedece.

EPIFANIO.- Déjeme ver cómo entra por lo menos.

ADRIÁN.- También tú autor dramático... Bien. Pero telefona enseguida. **(EMILIO hace mutis. ADRIÁN, con el tono de un locutor de radio.)** «Y abandonada por el vil seductor, Nany, la candorosa amante, viene a cobrarse el precio de su deshonra».

(Finge un fondo musical de tango. NANY es una mujer de unos cuarenta años, bella, con una belleza un poco aparatosa y compuesta. Hace una entrada melodramática.)

NANY.- ¿Te parece bonito?

ADRIÁN.- **(Dándole un parón.)** ¿Que te has comprado?

NANY.- Pregunto si te parece bonito lo que, has hecho conmigo. **(Declamatoria.)** ¡Te he dado todo, todo! Mi tranquilidad, mi bienestar, mi porvenir... Y yo he de enterarme leyendo *Marca* de tu traición.

ADRIÁN.- **(A EPIFANIO.)** *Marca*, también.

NANY.- ¿Cómo puede llegar a esos extremos tu cinismo? ¿Cómo es posible que ayer me tuvieses entre tus brazos mientras preparabas la nota para la Prensa?

ADRIÁN.- Escúchame, Nany...

NANY.- ¿Así pagas mi fidelidad, mi entrega, el haber aceptado en *Prohibido para mayores* un papel inferior a mi categoría?

ADRIÁN.- Menudo papel.

NANY.- Tú mismo lo reconociste en la autocrítica.

ADRIÁN.- ¡Que me reproches tu mayor éxito...!

NANY.- Eres un monstruo de simulación y de perfidia.

ADRIÁN.- No te excedas, Nany.

NANY.- Ya me lo advirtió Matilde, la que me dio la vez, y yo supuse que lo hacía llevada del despecho.

ADRIÁN.- Deja en paz a Matilde.

NANY.- No, no era el despecho... era la experiencia. Era, hasta el compañerismo, por extraño que parezca, lo que la llevaba a hablarme así. «Ya me contarás». Parece que la estoy viendo, delante de la reventa de San Jerónimo. Y mira si acertó que ya has enseñado las uñitas. Claro que

yo sé el motivo.

ADRIÁN.- A ver si lo aciertas.

NANY.- Casada te hacía ilusión: viuda te preocupó. No es la primera vez que eso pasa. Mira por donde el de Panamá me deja al morir viuda por partida doble.

ADRIÁN.- Te equivocas, Nany. Si siguiera viviendo sería igual. Me he enamorado: eso es todo.

(Ha hablado con el mismo tono de ella. ROBERTO y EPIFANIO se miran, sorprendidos por el giro que ADRIÁN se dispone a imprimir a la escena. EPIFANIO, de especial manera, desearía continuar saboreándola, pero ADRIÁN le conmina con un chasquido de dedos, a que se vaya y él, obediente, hace mutis por la izquierda.)

NANY.- **(Impresionada por la declaración de ADRIÁN.)** ¿Ah, sí?

ADRIÁN.- De pronto, he sentido el cansancio de tanto desorden, de tanta bohemia.

NANY.- Es increíble.

ADRIÁN.- Adrián: ¿por qué no formas un hogar? -me he dicho.

NANY.- ¿Tú?

ADRIÁN.- Adrián: ¿por qué no tienes un hijo?

NANY.- **(Sarcástica.)** Padre tú...

ADRIÁN.- Sí, ¿por qué no? Hasta las alimañas del bosque sienten el placer de la paternidad. **(Solemne.)** ¡Y más aún! Saben cumplir con sus deberes. ¿Por qué he de ser yo una excepción?

NANY.- Tú, entonces; a seguir tu vida y a mí que me parta un rayo, ¿verdad?

ADRIÁN.- Tú tienes un amante, Nany.

NANY.- Sabes que hace mucho tiempo que rompí con Gonzalo.

ADRIÁN.- Me refiero a tu arte. ¿Dónde habrá un amante más absorbente que ese?

NANY.- ¿Ah, sí? Con que gastándome bromitas, ¿no? Pues ya verás lo que voy a tardar en tener un amante. Y de los que te duelan. Roberto, por ejemplo.

ROBERTO.- ¡Nany!

NANY.- No te hagas el digno, hijo, que más de una vez te he tenido que parar los pies.

ROBERTO.- Adrián: tú me conoces a fondo y sabes bien que yo...

NANY.- Déjate de hipocresías. Estoy harta de hacerme la loca como si no entendiese tus insinuaciones y aun tus ofrecimientos. Para que ahora te pongas a representar el papel de amigo íntimo.

ADRIÁN.- No seas venenosa, Nany, e intentes disgustarnos. Roberto es un amigo leal.

NANY.- Sí, sí, leal... No sería la primera vez que...

ADRIÁN.- Entre nosotros ha habido traspasos. Traiciones nunca.

NANY.- No tienes vergüenza. Pero óyeme, a ti te amargo la boda. El

sí quiero y el sí otorgo, no lo vas a decir de rositas, te lo juro.

ADRIÁN.- ¿Me amenazas con el escándalo?

NANY.- Y de qué manera.

ADRIÁN.- Tomaré mis medidas.

NANY.- Y ya me echarás de menos cuando tu mujer se canse de ti, y deje de ser una mosquita muerta y te dé tu merecido.

ADRIÁN.- Conforme.

NANY.- Eres un hombre vulgar y por algo tienes fama de portarte mal con la gente

ADRIÁN.- Bueno.

NANY.- De ser ingrato, sí. Cincuenta años cumples hoy de egoísmo, de no querer a nadie, de ir por la vida hinchado como un globo de presunción, de mentiras, de faenas con las mujeres...

ADRIÁN.- Nany, que te pasas.

NANY.- ¿Pues sabes lo que te digo? *Prohibido para mayores* era una birria y tú un autor del montón, para que lo sepas.

ADRIÁN.- (**Salta.**) ¡Basta! ¡Se acabó! ¡No tenemos firmado ningún contrato y te vas cuando te dé la gana!

NANY.- Mira... mis flores... elegidas por mí... una a una. «Mándelas a las diez en punto, Ramón, para que sean ellas las primeras que le feliciten»... ¡Seré imbécil! (**Coge las flores y las pisotea.**) ¡Y cómo siento no poder hacer lo mismo contigo!

ADRIÁN.- ¡Eres una loca!

NANY.- ¡Y olvídate de que existo!

(**Se va dando un portazo.**)

ADRIÁN.- Ha acabado irritándome.

ROBERTO.- Yo, soy imparcial, Adrián, y la historia que le has contado es como para que te metiese seis tiros si hubiese venido armada.

ADRIÁN.- Que *Prohibido para mayores* es una birria. ¡Analfabeta!... ¿Qué entenderá? Pues escúchame, Roberto, jamás le diré que lo de mi boda es un cuento. Y mira por donde voy a aprovecharme de lo sucedido para quitarme de encima, definitivamente, a esa trágica de secano.

ROBERTO.- (**Le abraza.**) Perfecto, Adrián. Esa sí que es una manera de celebrar tu fiesta.

ADRIÁN.- Se acabó. Cruz y raya.

ROBERTO.- Supongo, naturalmente, que no habrás creído ninguna de las historias de Nany.

ADRIÁN.- Pero, hombre...

ROBERTO.- Tú y yo nos hemos sentado juntos en el mismo banco del colegio de San Pablo, Adrián, y eso no lo olvido.

ADRIÁN.- ¿Qué me vas a contar?

ROBERTO.- Y para que te convenzas de que hago juego limpio y aunque María Ignacia, si se entera, me lo eche en cara, debo decirte una cosa. Yo creo saber quién ha dado la noticia. Antes, delante de Epifanio,

preferí callarme. Ahora que estamos solos, no.

ADRIÁN.- ¿Quién?

ROBERTO.- La misma María Ignacia.

ADRIÁN.- **(Incrédulo.)** ¿Qué dices?

ROBERTO.- María Ignacia estaba preocupadísima por lo de hoy.

ADRIÁN.- Eso ya lo sé.

ROBERTO.- Todo lo veía a su manera. El tío Adrián en pecado mortal... Había que salvarle. Me telefoneó hace unos días al Mirlo Blanco y hablamos de eso.

ADRIÁN.- ¿Y convinisteis algo?

ROBERTO.- Nada concreto. Pero no me sorprendería que María Ignacia hubiese creído que éste era el camino mejor para arreglar las cosas.

ADRIÁN.- Sacrificándose... **(Aventura esa palabra con timidez, como si esperase que ROBERTO le contradijera.)**

ROBERTO.- Vamos, vamos, Adrián... un poco de sinceridad.

ADRIÁN.- ¿Qué insinúas?

ROBERTO.- ¿Sacrificio? Si está por ti, hombre, que no hay más que verla.

ADRIÁN.- **(Halagado.)** Bah... qué tontadas se te ocurren.

ROBERTO.- Pues claro que sí, Adrián. Lo que sucede es que no se ha dado cuenta, que es muy chiquilla aún para saber lo que quiere y andaba hecha un taco y desorientada. Pero apenas se ha olido el riesgo de que al quedarse viuda Nany, tú pudieses casarte con ella, se ha dicho: «A mi tito no se lo lleva ninguna "guapita" de segunda mano», como ella las llama. Y se ha jugado el todo por el todo.

ADRIÁN.- Y ese «golpe de Estado», publicando la noticia en los periódicos...

ROBERTO.- Para que tú cayeras en la cuenta, ¿no comprendes? O para obligarte.

ADRIÁN.- ¿Estás muy seguro?

ROBERTO.- Segurísimo. Y hay más todavía. La tía de María Ignacia anda en el juego.

ADRIÁN.- ¿Pura? ¿Y por qué lo supones?

ROBERTO.- María Ignacia me contó que su tía ve con malos ojos que suba a verte. ¿Y por qué crees que lo hace? Porque de esta manera María Ignacia se engolosina, se encapricha contigo. Basta que nos prohíban algo, para que lo deseemos más. Vaya, no seré yo quien tenga que explicarte a ti esos trucos.

ADRIÁN.- No sé... Tal vez Núñez podrá darnos la clave. **(Suena el timbre del teléfono.)** Ése es Epifanio. **(Coge el teléfono.)** Gracias, Epifanio. Todo listo. Vente para aquí. **(Cuelga.)**

ROBERTO.- ¿Por qué le dijiste que te telefonease?

ADRIÁN.- Porque una llamada de teléfono corta una situación dramática igual que una manga de riego una manifestación pública.

(Señala al teléfono.) Llega tarde.

ROBERTO.- Bueno... debo marcharme y siento no oír a Núñez. Me darás noticias, ¿eh?

ADRIÁN.- **(Pensando en otra cosa.)** Sí, sí...

ROBERTO.- Claro que, si te apetece, te recojo a la una y nos tomamos una copa, ¿quieres?

ADRIÁN.- De acuerdo. **(Coge un periódico, lo lee al desgaire.)** Realmente, ¡qué papeleta! En fin, dos líneas de rectificación y punto final.

ROBERTO.- Hasta luego, gran hombre.

ADRIÁN.- Hasta luego.

(Sale ROBERTO. ADRIÁN, lentamente vuelve a leer, sentado en un sillón la inesperada noticia. Después tira el periódico contra el suelo. Saca un cigarrillo, lo enciende.)

EMILIO.- El señor, ¿almuerza en casa?

ADRIÁN.- No lo sé, Emilio.

ROBERTO.- **(Por la derecha.)** Oye, Adrián...

ADRIÁN.- ¿Qué te pasa?

ROBERTO.- ¿Me permites que, aunque no me lo pidas, te dé un consejo?

ADRIÁN.- ¿Por qué no?

ROBERTO.- ¿Vas a rectificar?

ADRIÁN.- Pues... es muy delicado, pero habrá que hacerlo.

ROBERTO.- Mi consejo de amigo, ¿sabes cuál es? Que te tomes veinticuatro horas para pensarlo.

ADRIÁN.- ¿Tú crees, Roberto?

ROBERTO.- Pues... sí.

ADRIÁN.- Y eso, ¿por qué?

ROBERTO.- Pues mira, porque María Ignacia es un bombón... y no haríais mala pareja.

TELÓN

△▽

Parte II

Cuadro III

El mismo decorado. La acción continúa en el mismo punto en que acabó la parte primera.

En escena están EPIFANIO que acaba de entrar, sin duda alguna,

pocos momentos antes, y ADRIÁN, que sentado en el sillón, abismado en sus pensamientos, parece ajeno a cuanto le rodea. En este momento toma nota de unos telegramas y unas tarjetas de visita.

EPIFANIO.- ¿Le pasa algo, jefe? Vamos, algo distinto de lo que yo ya sé que le pasa.

ADRIÁN.- No. ¿Es que no es bastante?

EPIFANIO.- Bueno, sí... claro.

ADRIÁN.- Es muy grave, Epifanio, lo que me sucede. Y muy sutil. ¿Qué ha sido María Ignacia para mí hasta hoy? Una sobrina encantadora, atractiva, todo lo que tú quieras, pero solamente eso. ¿Qué he sido yo para María Ignacia? Una persona de la familia, el tío Adrián. A saber, un hombre de experiencia, mundano y con éxito al que vio sonreír siempre como si la vida no tuviese problemas, pero nunca como marido ni posible ni probable. Y de pronto; fíjate tú que, a causa de una noticia periodística que aún no se sabe quién la ha puesto en circulación, María Ignacia y yo estamos desde hace una hora, para rechazarnos o para aceptarnos, que eso es lo de menos, estudiándonos, midiéndonos y pensando el uno del otro: - Si resulta que nos podríamos casar... Es casi una comedia, Epifanio.

EPIFANIO.- ¿Tanto?

ADRIÁN.- Sí, Sí... En su parte expositiva. Claro que el conflicto se producirá cuando María Ignacia y yo nos encontremos, porque, sean cuales sean nuestras relaciones, nos veremos ya a una luz distinta, ¿me entiendes?

EPIFANIO.- **(No muy convencido.)** Pues la verdad...

ADRIÁN.- Tú, con tus prejuicios, con tus debilidades por el tremendismo, tal vez pienses que el conflicto sólo empezaría cuando, como consecuencia de un matrimonio entre parientes próximos nos naciese un hijo tonto, ¿no? **(EPIFANIO no contesta.)** ¡Ay, lo que es la deformación profesional! No, Epifanio, no. El conflicto, y no pequeño, empezaría mucho antes. **(Transición.)** Ahora recuerdo que yo en una ocasión...

EPIFANIO.- **(Se interrumpe.)** ¿Qué?

ADRIÁN.- Es muy diferente... Y, sin embargo, tiene cierto parecido. Hace años pasé una noche entera al lado de la mujer de un amigo en el Parador de Gredos. Yo había ido a terminar *Nubes de verano*. Ella esperaba a su marido que, a causa de una avería de automóvil no llegó por fin. Estuvimos hasta que amanecía junto al fuego, hablando de mil cosas. Yo no la rocé un dedo. Ella seguramente no lo deseaba, porque era una mujer intachable, pero nuestra amistad concluyó allí. Siempre que volvimos a encontrarnos después, ella enrojecía, se ponía nerviosa. Yo quería tranquilizarme diciendo: Fuiste un caballero y acababa pensando: Hiciste el imbécil. No sé cual de esas dos posiciones era la justa. La realidad es que dejamos de ser amigos.

EPIFANIO.- ¿Habrán dejado ahora de ser tío y sobrina?

(Suena el timbre de la puerta exterior.)

ADRIÁN.- Por culpa de un periódico que ha hablado en voz alta.

María Ignacia y yo no nos miraremos jamás en estado de inocencia, como en el primer día del Paraíso. (EMILIO, **cruza la escena.**) ¿Dónde va Emilio?

EMILIO.- Han llamado.

ADRIÁN.- ¡Ojo!

EMILIO.- Descuide.

(Mutis por la derecha que deshace enseguida.)

Es el señor Núñez.

ADRIÁN.- Que entre. (A EPIFANIO **que se sitúa cerca del *secrétaire*.**) Compón el semblante: es un crítico el que llega. Gesto cordial, sonrisa de comisura a comisura, los brazos abiertos... Venga, Epifanio, no regatees simpatías o te hundes en el primer estreno.

(EPIFANIO, sin demasiada convicción, obedece a ADRIÁN. NÚÑEZ es un hombre gordo, desaliñado, que frisa alrededor de los setenta años. Trae los bolsillos llenos de cuartillas y papeles que le desbordan.)

NÚÑEZ.- Buenos días, maestro.

ADRIÁN.- **(Le estrecha entre sus brazos.)** Querido Núñez... ¿Cómo va esa salud? ¿Qué fue aquello del forúnculo?

NÚÑEZ.- Nada, nada.

ADRIÁN.- Hay que cuidarse..... ¿A Epifanio Larroca le conoce usted? El día menos pensado, hará una crítica de alguna de sus obras.

NÚÑEZ.- Encantado, encantado...

ADRIÁN.- ¿Un whiskicito, querido Núñez?

NÚÑEZ.- Es muy temprano, y el hígado...

ADRIÁN.- Hay que empezar bien el día.

NÚÑEZ.- No, no... Se lo agradezco igual.

ADRIÁN.- A su gusto. **(Transición.)** ¿Qué le pareció el estreno de Gardoqui?

NÚÑEZ.- Nada, pretenciosillo, envaradillo...

ADRIÁN.- Ah... Créame que lo siento porque yo le quiero mucho. Pero no sé qué es lo que le pasa en estos últimos tiempos... Realmente, no da una.

NÚÑEZ.- Ni nunca la ha dado...

ADRIÁN.- Desde unos dolores de cabeza que tuvo hace unos años, parece otro. Pienso si no será a causa de las jaquecas.

NÚÑEZ.- Sí, acaso lo de las jaquecas haya contribuido, pero yo creo que le viene desde que tuvo el sarampión de niño.

ADRIÁN.- ¡Qué malo es usted, Núñez! Pobre Gardoqui... Se le pasará esta mala racha, porque él tiene público.

NÚÑEZ.- Pues debe habersele ido al Norte, porque en el teatro estos días no se le ve.

ADRIÁN.- **(Compungido.)** ¿Sí? ¿Va poca gente?

NÚÑEZ.- (**Cavernosamente.**) Ni un alma.

ADRIÁN.- En fin; gajes del oficio, amigo Núñez... Bueno, ha sido usted encantador. Yo no quería que se molestase tanto.

NÚÑEZ.- Si no es ninguna molestia... Como el que lleva los ecos de sociedad es Antonio Medina, fui a verle y le pregunté por derecho que de dónde había sacado lo de su boda. Él se quedó muy sorprendido. «¿Cómo de dónde? -me dijo-. ¡Él mismo me envió la nota con una carta suya!»

ADRIÁN.- ¿Que yo...? (NÚÑEZ **busca entre las que lleva en el bolsillo, la carta en cuestión y se la tiende. Lee con sorpresa creciente.**) «Mi querido Medina: ¿Sería usted tan amable de publicar en su periódico la nota adjunta, relacionada con mi próxima boda? Gracias anticipadas de su siempre buen amigo...».

NÚÑEZ.- ¿Qué pasa? ¿Usted no escribió esa carta?

ADRIÁN.- Pues... no.

NÚÑEZ.- Pero el papel es suyo.

ADRIÁN.- Sí.

NÚÑEZ.- ¿Y la firma?

ADRIÁN.- No... La firma no es mía.

NÚÑEZ.- ¿Está usted seguro?

ADRIÁN.- Hombre, imagínese usted si no lo voy a estar.

NÚÑEZ.- Permítame que le diga, don Adrián, que usted escribe muy bien, pero que firma muy mal.

ADRIÁN.- Entiéndame: yo no me atrevería a decir que la firma no fuese mía si la hubiese visto aislada pero lo que sí le aseguro es que esa carta yo no la he firmado.

NÚÑEZ.- Lo cual quiere decir que es falsa.

ADRIÁN.- Exactamente.

NÚÑEZ.- ¿Y sospecha de alguien?

ADRIÁN.- Mire, Núñez. Yo creo que esto es una broma pesadita.

NÚÑEZ.- Muy ingeniosa no es, no.

ADRIÁN.- Y no tanto por mí, como porque hay otra persona de por medio.

NÚÑEZ.- Ya, ya... En fin, siento no haberle podido decir cosas más agradables.

ADRIÁN.- Bah, no se preocupe. Me las ha dicho tantas veces...

NÚÑEZ.- Muy merecidas, siempre, don Adrián. (**Se pone de pie.**) O sea que, este muchacho, ¿escribe también?

ADRIÁN.- Tiene una gran vocación... y talento, sí, señor.

NÚÑEZ.- Lo celebro. Porque hay cada número por ahí... Hombre, ¿han leído ustedes la obra de ese autor inglés que empieza ahora y que se titula: *Dos hermanos*?

ADRIÁN.- Yo, no.

EPIFANIO.- Yo, sí.

NÚÑEZ.- (**A EPIFANIO.**) Qué monstruosidad, ¿eh?

EPIFANIO.- (**Seco y terminante.**) A mí me parece genial.

ADRIÁN.- (**Asombrado.**) ¿Cómo?

EPIFANIO.- Genial.

ADRIÁN.- No querrás llevarle la contraria a Núñez.

EPIFANIO.- Yo digo que es genial.

NÚÑEZ.- Amigo...

EPIFANIO.- Epifanio Larroca.

NÚÑEZ.- Pues bien, amigo Larroca: en mi opinión, es un disparate desde el principio hasta el fin. Y se lo aseguro yo, que llevo veinticinco años de crítico.

EPIFANIO.- Eso, precisamente, le inutiliza para juzgar *Dos hermanos*.

ADRIÁN.- Psss, cuidado, cuidado con esa lengüecita.

EPIFANIO.- Repito, *Dos hermanos* es la mejor obra que se ha escrito desde 1900 hasta hoy.

ADRIÁN.- (**Silbante y con una cólera contenida.**) En Inglaterra, querrás decir.

EPIFANIO.- Por su técnica, los actores en el patio de butacas y los espectadores en el escenario, por su diálogo hecho casi todo él de puntos suspensivos, por su tema de una audacia asombrosa, es una comedia sin rival.

ADRIÁN.- ¿Cuál es el tema?

EPIFANIO.- Dos hermanos enamorados de dos hermanos. (**Dirá esto último un poco borroso para justificar la réplica de ADRIÁN.**)

ADRIÁN.- ¿Y esa es la audacia?

EPIFANIO.- (**Con la severidad del dómine.**) Don Adrián: lamento que no me haya entendido usted bien. He dicho: dos hermanos enamorados de dos hermanos.

ADRIÁN.- (**Da un respingo.**) ¡Ah, caray!, Sí, la cosa varia.

NÚÑEZ.- En efecto, don Adrián: Roberto y Óscar Wolff, enamorados de Edmundo y Christian Flatter.

ADRIÁN.- (**Recoge velas.**) Ya, ya.

NÚÑEZ.- (**A EPIFANIO.**) ¿Es así?

EPIFANIO.- Exactamente.

ADRIÁN.- No acabará en boda, me imagino.

NÚÑEZ.- En el primer acto nos enteramos del problema, después de una serie de escenas un poco desconcertantes.

EPIFANIO.- (**Superior.**) Desconcertantes...

NÚÑEZ.- Hombre, al principio se supone que Roberto y Óscar, de quienes están prendados es de unas enfermeras guapísimas del Hospital Clínico que aparecen por allí, pero muy pronto comprendemos que no, que el verdadero amor de Roberto y Óscar son dos internos de quinto de Medicina, Edmundo y Christian. Por eso digo que, esas primeras escenas, son un poco desconcertantes.

EPIFANIO.- No me negará usted que la sorpresa dramática es completa.

NÚÑEZ.- Eso, desde luego,

ADRIÁN.- Continúe, Núñez.

NÚÑEZ.- Para mí, sin embargo, la sorpresa mayor de la obra me la dan los padres, o sea Mr. Wolff y Mr. Flatter.

ADRIÁN.- ¿Y por qué?

NÚÑEZ.- Porque resulta que no se oponen.

ADRIÁN.- ¡Ah!

EPIFANIO.- Naturalmente. **(Con enorme vehemencia.)** No se oponen porque, conforme se revela en el diálogo, habían estado enamorados el uno del otro muchos años antes cuando estudiaban en Oxford, y consideran que el que sus hijos, a su vez, se enamoren entre sí, no es sino una consecuencia de la ley de las realizaciones tardías que llega a su plenitud en la segunda generación, como venganza de su fracaso en la primera.

ADRIÁN.- En suma, los padres dan su consentimiento.

EPIFANIO.- ¡Sí!

ADRIÁN.- Y entonces, el nudo, ¿dónde está el nudo?

NÚÑEZ.- En la actitud de las madres, que dicen que aquello es una indecencia que no se puede tolerar y que se empeñan en que sus hijos se casen con unas escocesas adineradas.

EPIFANIO.- El autor ha querido encarnar en la figura odiosa de esas dos señoras, la vieja Inglaterra con sus prejuicios, con su estrechez de miras, con su imperialismo.

ADRIÁN.- ¿Y en qué acaba todo?

NÚÑEZ.- Pues, nada...

EPIFANIO.- Ah, no, no intente usted resumir de cualquier manera uno de los finales más escalofriantes del teatro universal. Asqueados de una sociedad que se niega a entenderles y en actitud de protesta, los cuatro hermanos se ahorcan en su piso de soltero.

ADRIÁN.- Y mueren, claro.

NÚÑEZ.- **(Con cierto desdén.)** Muere la mitad.

EPIFANIO.- No me importa reconocer que eso sí es algo artificioso.

ADRIÁN.- ¿Qué mitad?

NÚÑEZ.- Las madres llegan a tiempo de salvar un hijo cada una. Los otros dos expiraron ya. Los hijos que se salvan no son, sin embargo, los que estaban enamorados entre sí.

ADRIÁN.- Mala suerte.

EPIFANIO.- **(Fervorosamente.)** El epílogo pasa en el puerto de Liverpool; donde los dos hermanos supervivientes abandonan Inglaterra camino de un mundo mejor en el que reinen la comprensión y la libertad.

NÚÑEZ.- ¿Qué le parece la obrita?

ADRIÁN.- **(Mira a EPIFANIO aviesamente.)** Mona.

NÚÑEZ.- Creo que piensan traducirla haciendo que los internos sean

unas alumnas de Medicina. Con lo cual...

ADRIÁN.- Claro, cambia por completo. Apta para menores.

NÚÑEZ.- Allí, ha sido el gran éxito de la temporada. **(Inicia el mutis.)**

ADRIÁN.- Habrán ido a verla todos los hermanos de Londres.

(Mutis de ADRIÁN, precedido de NÚÑEZ, por la puerta de la derecha. EPIFANIO tal vez les hubiera acompañado, pero el teléfono se lo impide.)

EPIFANIO.- Diga. Sí, es aquí. No, no es verdad. La noticia está equivocada. El señor Villalobos no se casa.

(ADRIÁN entra de nuevo. Muerde casi las palabras al dirigirse a EPIFANIO.)

ADRIÁN.- Oye, sabandija envenenada, hipócrita redomado, víbora a media pensión, ¿con que éste es el teatro que a ti te gusta?

EPIFANIO.- **(Intenta hacer compatible su defensa física con su ataque dialéctico.)** Sí... porque es violento... y moderno.

ADRIÁN.- Entonces, tú llevas muchos meses tomándome el pelo, ¿eh? Porque si a ti te gusta ese teatro, el que hago yo tiene que darte náuseas, ¿verdad?

EPIFANIO.- ¡Don Adrián!

ADRIÁN.- ¡Maldita sea! Me está bien empleado por tonto. ¡Se acabó el proteger a los noveles! Al primero que me salga al paso, le voy a pegar una patada en la espinilla que le dejaré temblando.

EPIFANIO.- Le desconozco, don Adrián.

ADRIÁN.- No seas inocente. Si en la literatura se dispusiese de la bomba atómica, hasta el poeta más dulzón la utilizaría. Contesta de una vez. *Dos y dos son cinco* te parece una birria, ¿no?

EPIFANIO.- **(Jugándose el todo por el todo.)** Pues... sí.

ADRIÁN.- Y *Nubes de verano* otra, ¿verdad? **(Le persigue por la habitación, mientras EPIFANIO se escuda detrás de los muebles.)**

EPIFANIO.- Sí.

ADRIÁN.- ¿Y *Prohibido para mayores*? ¿Qué piensas de *Prohibido para mayores*?

EPIFANIO.- Una comedia anticuada.

ADRIÁN.- Quinientas representaciones en Madrid con veintisiete mil de media... y anticuada.

(EMILIO alarmado por las voces, entra en escena.)

Quítate de mi vista, rey de los pedantes, existencialista de plástico, polilla del Gijón, y no vuelvas a dirigirme la palabra si no quieres que te mate.

EMILIO.- ¿Qué le pasa al señor?

EPIFANIO.- Que tengo veinticinco años.

ADRIÁN.- Debía estar prohibido.

EPIFANIO.- Y él me los dobla.

ADRIÁN.- Apártese, EMILIO... que voy a apretar entre estos dos dedos, **(Señala el pulgar y el índice de la derecha.)** un sapo que se ha colado de rondón en esta casa y que...

(Tira un viaje a EPIFANIO que, de no evitarlo la intervención de EMILIO, le alcanzaría. EMILIO en efecto, se interpone providencialmente. EPIFANIO abre la puerta de la derecha y se va. Se oye el golpe de la de la calle.)

EMILIO.- Cállese, señor, está usted excitadísimo.

ADRIÁN.- Ya me calmo.

(Por la derecha aparece PURA. PURA, hermana de la cuñada de ADRIÁN, tía de MARÍA IGNACIA, es una mujer de unos 40 años. Apenas va maquillada. Tiene un aire sereno y seguramente mucha vida interior. Viste un sencillo traje de mañana. Es bellísima, señorial. ADRIÁN no la ve en un primer momento, porque está de espaldas a la puerta, pero EMILIO Sí.)

EMILIO.- **(Sorprendido.)** Ah, buenos días, señora.

PURA.- ¿Quién salía como alma que lleva el diablo? ¿Epifanio?

EMILIO.- El mismo, señora.

(Mutis derecha.)

PURA.- Buenos días, Adrián.

ADRIÁN.- ¿Qué tal, Pura?

PURA.- Tú me explicarás esto.

ADRIÁN.- Nada, que es un títere y le he puesto de patitas en la calle.

PURA.- No, no me refiero a Epifanio; sino a María Ignacia.

ADRIÁN.- ¡Ah! A María Ignacia.

PURA.- ¿A quién si no?

ADRIÁN.- ¿Tú hablaste con ella?

PURA.- Se fue ayer a pasar el día en la finca de los Monteagudo y no volvió aún. Estará al llegar y, naturalmente, le hablaré apenas la vea pero, entre tanto, supongo que algo me podrás anticipar tú. Porque esta decisión calculo que habrá sido tomada entre los dos.

ADRIÁN.- **(Muy inocente.)** ¿Entre los dos?

PURA.- **(Parsimoniosamente.)** Voy de sorpresa en sorpresa, Adrián. Y se me ocurre que alguna deberías ahorrármela. ¿Qué os habéis propuesto? ¿Colocarme entre la espada y la pared? ¿Obligarme a consentir o a dar el escándalo? Te advierto que el rapto aún acertaba más el camino.

ADRIÁN.- Mujer, el rapto...

PURA.- Parece que habéis preferido el atraco. Todavía tendré que estarte agradecida.

ADRIÁN.- Escúchame, Pura.

PURA.- Quiero que sepas antes de nada que haré cuanto esté en mi mano para impedir un disparate.

ADRIÁN.- **(Sencillamente. Con un sencillo deseo de enterarse.)** Tú

lo consideras un disparate.

PURA.- A mí me molesta decir cosas desagradables. Pero cuando alguien se olvida de lo que no debe, es muy difícil evitarlo.

ADRIÁN.- Yo las diré por ti, Pura. Sé que tengo cincuenta años, que hoy cumplo, por cierto, aunque te hayas olvidado de felicitarme.

PURA.- No es ésta la ocasión.

ADRIÁN.- Que los cincuenta años son muchos más de la mitad del camino de la vida y que es inmoral, cuando ya se cumplieron, el intento de enamorar a una muchacha de veinte.

PURA.- Hombre, inmoral...

ADRIÁN.- Que, si he decidido casarme, mejor será que me busque una mujer de otra edad y que deje en paz a María Ignacia.

PURA.- Bueno.

ADRIÁN.- Por añadidura, que un matrimonio entre tío y sobrina es peligroso para los hijos. En fin, creo que quedan pocas cosas desagradables que decir que no me las haya dicho yo mismo.

PURA.- Pues, mira, reconozco que has tenido esa habilidad.

ADRIÁN.- Para ser justos, convendría recordar que hay otras razones que también tienen su peso y disculpan, un poquito, esos matrimonios desiguales, como lo sería el de María Ignacia conmigo.

PURA.- Ya lo sé, Adrián, ya lo sé... Hombre maduro, hombre seguro.

ADRIÁN.- Sí. El hombre maduro es fiel.

PURA.- Posiblemente.

ADRIÁN.- Si algún desliz comete, es aprovechando las brasas de lo que ya pasó, sin encender ninguna candelilla nueva, que es lo peligroso.

PURA.- Sí.

ADRIÁN.- Sueña permanentemente con la casa y no sólo los días de lluvia, como el hombre joven... El hombre maduro es la serenidad. El hombre del que la mujer sabe siempre donde está y a qué horas vuelve. El hombre que no olvida que a la mujer, le gustan siempre más las perlas que los versos.

PURA.- ¿Siempre?

ADRIÁN.- El hombre maduro cierra su *garçonnière*, el joven la alquila. El hombre maduro entrega lo que gana a su mujer y le pide una parte para tabaco. El hombre joven se queda con el sueldo y hay que sacárselo. El hombre maduro cambia los plomos que se funden y los pañales, desatranca las pilas, despide a las criadas difíciles, se enfada con la Telefónica. El hombre que no olvida que a la mujer le gustan réplica, el joven con un puñetazo solamente.

PURA.- Eres un poco sectario.

ADRIÁN.- El hombre maduro se contenta con que le quieran las amigas de su mujer. El hombre joven exige que se le enamoren. El hombre maduro habla a su suegra como si la cortejase. El joven como si la combatiese. El hombre maduro deja conducir el coche a su mujer, aún en los puertos. El joven, sólo en las rectas.

PURA.- Te pasas haciendo el elogio del hombre maduro. Barres para dentro.

ADRIÁN.- Puede que me deje vencer por espíritu de clase.

PURA.- Cálmate, cálmate. En todo caso no olvides que una mujer tiene cierto derecho a ver cómo se va haciendo maduro a su lado el hombre que conoció de joven.

ADRIÁN.- Eso quiere decir que tú desaprobarías el que yo me casase con María Ignacia.

PURA.- Pero eso te lo he dicho desde el principio y no puede sorprenderte.

ADRIÁN.- **(Se ríe.)** Tengo tanta afición a mi oficio de autor de teatro, que te he dejado hacer la escena de la oposición como si realmente estuviese justificada.

PURA.- ¿Es que no lo está?

ADRIÁN.- Yo no he pensado nunca en casarme con María Ignacia.

PURA.- ¿Y entonces la noticia...?

ADRIÁN.- Yo no la he dado. Mi palabra de honor.

PURA.- ¿Quién entonces?

ADRIÁN.- ¿Y si hubiese sido María Ignacia?

PURA.- ¿Y por qué?

ADRIÁN.- Puede haber más de una razón que le empuje a ello, pero suponte que por la más directa y simple de todas, porque le interese yo.

PURA.- Con la mano en el corazón. ¿Crees de verdad que María Ignacia te quiere?

ADRIÁN.- ¿Estás convencida de que no?

(Suena el timbre de la puerta exterior.)

PURA.- ¿Y tú? ¿La quieres tú? No irás a decirme que sí. Aún ayer almorzaste con Nany en Valentín.

ADRIÁN.- Pronto te han informado.

PURA.- Eres muy popular, Adrián. ¿La quieres, dime? Contesta sí o no.

(MARÍA IGNACIA, aparece súbitamente por la derecha. EMILIO, detrás de ella, hace acto de presencia un segundo y, a continuación se vuelve a ir por la misma lateral. MARÍA IGNACIA, sencillamente adorable, viste un traje de excursión. El sol la ha tostado -van a decírselo muy pronto-; pero antes lo advertirá el espectador.)

MARÍA IGNACIA.- **(Con un punto de turbación.)** Hola.

ADRIÁN.- Hola.

PURA.- Cuánto te ha tomado el sol.

MARÍA IGNACIA.- Es que estuvimos bañándonos. **(Ante un movimiento de PURA. Imperceptiblemente atemorizada.)** ¿Te vas?

PURA.- Sí.

MARÍA IGNACIA.- Y... ¿por qué?

PURA.- Pues... exactamente no lo sé. Pero me voy. Volveré a

enterarme de lo que decidís.

(Y ya vencidas las dudas, si las tuvo, hace mutis.)

MARÍA IGNACIA.- **(Tras una pausa.)** ¿Qué me miras?

ADRIÁN.- Nada, nada.

MARÍA IGNACIA.- Felicidades.

ADRIÁN.- **(Con precipitación.)** ¿Por qué?

MARÍA IGNACIA.- Por tu cumpleaños.

ADRIÁN.- Ah, sí... Gracias. **(Pausa bastante incómoda.)** Oye, María Ignacia... **(Nueva pausa.)**

MARÍA IGNACIA.- Dime.

ADRIÁN.- Leíste el periódico, claro.

MARÍA IGNACIA.- Me lo leyeron.

ADRIÁN.- Bien. ¿Y qué piensas?

MARÍA IGNACIA.- **(Sumisamente. Casi sin protesta.)** ¿Por qué hiciste eso?

ADRIÁN.- ¿El qué?

MARÍA IGNACIA.- ¿Por quién no me preguntaste antes?

ADRIÁN.- Antes ¿de qué?

MARÍA IGNACIA.- De mandar la noticia a los periódicos.

ADRIÁN.- **(Con profundo y muy contenido asombro. Casi sin modular.)** ¿Cómo...?

MARÍA IGNACIA.- Sí, ¿por qué te decidiste por ti mismo, como si yo no contase para nada?

ADRIÁN.- **(Sin resistirse a la tentación que se le presenta súbitamente de aparecer como responsable de todo.)** Ya ves...

MARÍA IGNACIA.- Estás acostumbrado a tratarme como una chiquilla, a tomar tus decisiones por mí. Y las cosas han cambiado mucho.

ADRIÁN.- Sí, claro.

MARÍA IGNACIA.- Y en un caso así, mi opinión vale algo, ¿no?

ADRIÁN.- Sí.

MARÍA IGNACIA.- ¿Qué fue lo que te empujó a hacer eso sin consultarme?

ADRIÁN.- Pues...

MARÍA IGNACIA.- ¿Qué habías visto en mí que te permitiera dar por supuesta mi conformidad?

ADRIÁN.- No, no realmente.

MARÍA IGNACIA.- Es verdad que estaba siempre contigo, que me llevabas a todas partes, que me tenías a tu lado en los estrenos y era tu mascota. No se te olvidaba nunca el día de mi santo, y sabías en qué fecha hice el último examen del bachillerato. Y en qué fecha me operaron de apendicitis.

ADRIÁN.- Febrero del 50.

MARÍA IGNACIA.- Tenías derecho a esperar de mí que correspondiese de alguna manera a tanta ternura, a tanto cariño como el que me demostrabas. Hubiera sido una anormal si me dejase indiferente... Pero de ahí a suponer que mi reacción sería la de casarme contigo había mucha distancia.

ADRIÁN.- Claro. Tú nunca me habías mirado de esa forma.

MARÍA IGNACIA.- No... A mí no se me hubiera ocurrido nunca pagarte con esa moneda. Yo rezaba todas las noches para que terminase lo de Nany y para que Dios te hiciese feliz pero no se me pasaba por la imaginación pensar que pudiese ahorrarme el Padrenuestro viniendo a esta casa como tu mujer, a vivir junto a ti.

ADRIÁN.- Ya.

MARÍA IGNACIA.- A veces, llegaba a desear que la vida te pusiese en situaciones difíciles para hacerte entonces una exhibición de mi cariño. Yo he soñado que estabas a punto de ahogarte y que me echaba al agua y te salvaba. Y que te quedabas sin dinero y yo rompía mi hucha y vendía mis trajes para dártelo todo. ¿Sabes, también, lo que soñé cuando aquel tipillo de Tomás Agüero (**ADRIÁN toca madera.**) se metía en sus críticas con todas tus comedias? Que yo iba a la redacción muy decidida y preguntaba por él y le clavaba un cortaplumas en el corazón. (**Se ríe de sí misma.**) Bueno, esos eran sueños nada más... Pero con los ojos muy abiertos me juré a mí misma que siempre, estuviese donde estuviese si yo sabía que me necesitabas, iría a reunirme contigo.

ADRIÁN.- Gracias, María Ignacia.

MARÍA IGNACIA.- Y ahora te quiero hacer un pregunta. De eso, a desear ser tu mujer, ¿hay o no mucho camino que andar? No me contestes con prisa, porque es muy serio lo que acabo de preguntarte.

ADRIÁN.- (**Con una íntima pena, como si adivinara adónde conduce esa pregunta.**) ¿Sí?

MARÍA IGNACIA.- ¡Huy! ¡Ya lo creo! Porque todo lo que te he contado que siento por ti, es tan cierto como que me he de morir, y si tú me dijese que una mujer para casarse con un hombre no necesita sentir algo distinto, me casaría contigo a cierra ojos. Por eso te pido que reflexiones un poco antes de responderme.

ADRIÁN.- Y tú, ¿qué opinas tú?

MARÍA IGNACIA.- (**Casi sin atreverse.**) Que no es bastante.

ADRIÁN.- Y aciertas, María Ignacia; no lo es.

MARÍA IGNACIA.- ¿Verdad...? Ya me parecía a mí. (**Transición.**) Sin embargo para serte completamente franca he de confesarte algo.

ADRIÁN.- Soy todo oídos.

MARÍA IGNACIA.- Volviendo a mis sueños... Otro era que, si algún día me casaba cuando mi marido tuviese... (**Se adivina a quién se refiere.**) Cierta edad fuese tan elegante, tan listo y tan bueno... (**Se ha ido acercando atraída por un impulso irreprímible. Alguien se atreverá a pensar que para besarle, pero pronto caerá en la cuenta de su grosero error, cuando la vea guarecerse limpiamente en su regazo.**) como tú... (**Las últimas palabras las pronuncia con una gran ternura.**)

ADRIÁN.- **(Le acaricia el pelo lentamente.)** Gracias, María Ignacia. **(Ella ahora; casi por primera vez en todo el diálogo, levanta hacia él su mirada -su limpísima mirada- y le sonrío.)**

MARÍA IGNACIA.- Qué serios nos hemos puesto; ¿verdad?

ADRIÁN.- Sí, caramba. La culpa es mía.

MARÍA IGNACIA.- Me alegro que lo reconozcas. **(El diálogo toma un ritmo más alegre, pero sin perder su sombra de melancolía.)** Te has portado como un niño impulsivo.

ADRIÁN.- ¿Por qué?

MARÍA IGNACIA.- Mandando esa noticia a los periódicos.

ADRIÁN.- **(En voz baja. Con un aire travieso.)** Si yo no he sido el que la mandó...

MARÍA IGNACIA.- ¿Cómo?

ADRIÁN.- Yo, no.

MARÍA IGNACIA.- Pero ¿es posible?

ADRIÁN.- Te lo aseguro.

MARÍA IGNACIA.- ¿Y has permitido que te dijera todo lo que te he dicho cuando con una sola palabra podías habérmelo evitado?

ADRIÁN.- Confieso mi culpa.

MARÍA IGNACIA.- El autor dramático, ¿verdad?

ADRIÁN.- Bueno, tal vez sí.

MARÍA IGNACIA.- El gusto de dejar hablar, dejar hablar a todos mientras tú vas tomando notas secretamente. Y de improviso... paf, uno que sale en tus comedias clavado de tal manera, que se le reconoce en el acto.

ADRIÁN.- **(Bromea.)** En los tres.

MARÍA IGNACIA.- Y eso, ¿no está prohibido?

ADRIÁN.- Al contrario, eso lo premia la crítica diciendo: «Es la verdad misma». Pero escúchame, ¿quién demonios ha podido mandar la noticia?

MARÍA IGNACIA.- **(Se lleva la mano a la boca.)** Tía Pura... ¡Ay, Jesús!... Es un disparate solo el pensarlo, ¿no?

ADRIÁN.- Yo creo que de tomo y lomo.

MARÍA IGNACIA.- Te quiere tanto... te pone siempre tan por las nubes que, a lo mejor, como sabe lo que congeniamos...

ADRIÁN.- No, no... ¿Por qué iba a recurrir a ese ardid? Es absurdo. Comprometiéndote... Y además... Tenías que haberla oído.

MARÍA IGNACIA.- **(Con un puntito de malicia; basta de rebeldía.)** ¿Se opone?

ADRIÁN.- Pues sí, María Ignacia, para que te fíes.

MARÍA IGNACIA.- Se opone por sistema. Cuando lo de Antonio Sanchiz...

ADRIÁN.- Calla... Y un pretendiente despechado, ¿no podría ser?

MARÍA IGNACIA.- ¿Cuál?

(Suena el timbre de la puerta exterior.)

ADRIÁN.- Tú sabrás mejor que nadie.

MARÍA IGNACIA.- Qué absurdo... ¿Cómo han dado al periódico la noticia?

ADRIÁN.- Por esta carta.

(Se la deja y MARÍA IGNACIA se pone a leerla atentamente. La puerta se abre y entra EMILIO.)

EMILIO.- **(En voz baja.)** Está don Roberto. ¿Qué le digo?

ADRIÁN.- Pues, ¿qué le va a decir? Que pase.

(ROBERTO entra por la derecha. EMILIO cruza la escena y hace mutis por la izquierda.)

ROBERTO.- **(Al ver a MARÍA IGNACIA hace un gesto de sorpresa y como si no quisiese ser inoportuno inicia el mutis prevalido de la circunstancia de que MARÍA IGNACIA, abstraída en la lectura, apenas si se ha dado cuenta de su llegada.)** Oye... El undécimo no estorbar.

ADRIÁN.- ¿Qué tonterías se te ocurren?

ROBERTO.- Venía a buscarte conforme habíamos convenido, para tomar una copa. Nany me ha llamado al Mirlo Blanco. Ya puedes suponer cómo está.

ADRIÁN.- Es una histérica.

MARÍA IGNACIA.- ¡Ayyy! **(Es un grito que corta el diálogo entre ROBERTO y ADRIÁN.)** ¡Ya sé quién es! **(Transición.)** Hola, don Roberto.

ROBERTO.- Buenos días, María Ignacia.

MARÍA IGNACIA.- ¡Epifanio!

ADRIÁN.- ¿Ese criminal común?

MARÍA IGNACIA.- Pobre... ¿Por qué le insultas?

ADRIÁN.- Naturalmente. Es que tú ignoras... Pero, dime. ¿Por qué crees que es él?

MARÍA IGNACIA.- No sé... es una corazonada.

ADRIÁN.- Contesta: ¿por qué ese salteador de caminos, ese contrabandista, ese profanador de tumbas ha podido mandar tal noticia?

MARÍA IGNACIA.- ¡Ah!

ADRIÁN.- ¿Y qué es lo que te ha hecho pensar que pudiera ser él? Aunque ya lo sé. **(Apocalíptico, Casi como un marido burlado.)** Mi alusión a los pretendientes. ¿Es que Epifanio te hacía el amor? ¡Quiero saber la verdad!

MARÍA IGNACIA.- Pues mira, a su modo, quizá sí.

ADRIÁN.- ¿Qué decía yo? Si es el sinvergüenza más grande del país.

ROBERTO.- No exageres, Adrián. Los hay mayores.

ADRIÁN.- ¡Y pensar que le he criado a mis pechos y que he sido para él como una madrecita delicada! ¡Maldita sea! Al primer autor joven que me encuentre en despoblado; lo aplasto como a una hormiga.

ROBERTO.- Telefonéale.

ADRIÁN.- Si le he echado de esta casa hace media hora con viento fresco... No se pondría. Pero hay que obligarle a que venga.

ROBERTO.- ¿Puedo servirte de algo, Adrián?

ADRIÁN.- Ya lo creo que sí. Vas a ir al Gijón, Entrás por las buenas. Lo buscas, lo coges por la barba y te lo traes vivo o muerto.

ROBERTO.- Lo intentaré.

ADRIÁN.- Digo lo de vivo o muerto, porque así, a las buenas, no te será fácil; pero para que no se resista a volver, le dices que he notado la falta de los candelabros de plata del comedor, que sospecho de él y que voy a denunciarlo a la Comisaría más próxima. Y aunque no sea sino para defenderse, vendrá... Salvo que se los haya llevado, que todo podría ser. **(Va a la izquierda.)** ¡Emilio!

EMILIO.- **(Desde dentro.)** Señor...

ADRIÁN.- **(Solemne.)** ¿Faltan los candelabros del comedor?

EMILIO.- Si acabo de limpiarlos...

ADRIÁN.- Nada, entonces. **(A ROBERTO y MARÍA IGNACIA.)** Se conoce que no se le ocurrió. Hale, Roberto, listo.

ROBERTO.- Bueno, bueno... a ver si tengo suertecilla. Ah, por cierto, esto me lo dieron en la portería.

(Y le entrega un paquete, en efecto, muy bonitamente preparado. Ya continuación hace mutis)

ADRIÁN.- ¿Y qué es esto?

MARÍA IGNACIA.- ¿Me dejas que te lo abra? **(Y empieza a abrirlo sin esperar el permiso de nadie.)**

ADRIÁN.- **(Que pasea excitadísimo.)** Verle entrar por esa puerta y saltarle al cuello, será todo uno. Después, le meteré astillas entre las uñas y les prenderé fuego.

MARÍA IGNACIA.- Qué sanguinario.

ADRIÁN.- Luego, lo llevaré al descansillo, le haré enfilear la escalera y he de verle rodarlas hasta vuestro piso como un saco de patatas. Pam, pam, pam.

MARÍA IGNACIA.- ¡Huy, mira! **(Enseña un cenicero.)**

ADRIÁN.- ¿Quién mandará ese cenicero?

MARÍA IGNACIA.- El Presidente de la Sociedad de Autores. **(Ya a seguir leyendo la tarjeta que lo acompaña, pero se detiene un poco azorada.)**

ADRIÁN.- ¿Qué dice? **(Lee.)** «Quiero ser el que ponga la primera piedra de tu nuevo hogar». Y un cenicero... y pensar que si lo de la boda fuese verdad recibiríamos doscientos iguales.

MARÍA IGNACIA.- **(Con monería.)** Pero como no lo es...

ADRIÁN.- No. **(Con dulzura y firmeza a la vez.)** Sería un disparate.

MARÍA IGNACIA.- Eso creo yo, tío Adrián.

ADRIÁN.- Tío Adrián... Te oigo llamarme así con un acento nuevo. Es la primera vez que me lo llamas hoy.

MARÍA IGNACIA.- Puede.

ADRIÁN.- Pulguita.

MARÍA IGNACIA.- Tampoco tú me habías llamado así.

ADRIÁN.- Tienes razón... Y pensar que esta confianza tan dulce, tan limpia que hay entre nosotros, este cariño tan hondo y tan puro hubiera podido... no sé... rayarse...

MARÍA IGNACIA.- ¿Lo hubiéramos permitido?

ADRIÁN.- No, pero aun sin querer...

MARÍA IGNACIA.- En todo caso, el riesgo ya pasó.

ADRIÁN.- Sí, pero tenemos que vacunarnos para que nunca nos amenace.

MARÍA IGNACIA.- ¿Y cómo?

ADRIÁN.- Repitiendo muchas veces los nombres con los que nos hemos llamado y nos hemos querido toda la vida.

MARÍA IGNACIA.- Tío Adrián.

ADRIÁN.- Pulguita.

MARÍA IGNACIA.- Tío Adrián.

ADRIÁN.- Pulguita.

MARÍA IGNACIA.- Tío Adrián.

ADRIÁN.- Pulguita.

(Se abrazan y se besan los dos castamente, apretadamente, llorando y riendo a la vez, repitiendo en efecto sus nombres mientras cae el...)

TELÓN

Cuadro IV

La misma escena. Han transcurrido unos minutos, desde la terminación del cuadro anterior.

MARÍA IGNACIA está asomada al balcón, a la espera de alguien. A los pocos segundos abandona su observatorio y se acerca a la puerta de la izquierda.

MARÍA IGNACIA.- ¡Tío Adrián, tío Adrián! Ahí viene Epifanio. Lo trae don Roberto.

ADRIÁN.- **(Entra en escena.)** ¿Esposado?

MARÍA IGNACIA.- No seas mala persona, tito. Bajaron de un taxi. Por cierto, Epifanio intentó pagarlo.

ADRIÁN.- Farsante...

MARÍA IGNACIA.- Y deben de estar subiendo en el ascensor.

ADRIÁN.- ¡Emilio!

MARÍA IGNACIA.- Por Dios, tío Adrián, no te dispires. Cuenta hasta ciento antes de decirle nada.

ADRIÁN.- Estate tranquila. Sabré contenerme.

(EMILIO entra por la izquierda.)

Emilio, cierre el balcón.

MARÍA IGNACIA.- Si hace un día estupendo, tío Adrián.

ADRIÁN.- Sí, pero estamos en un sexto piso y quiero evitarme la tentación de tirar a alguien a la calle.

(Suena el timbre de la puerta exterior. EMILIO, obediente, ha cerrado el balcón.)

La puerta, Emilio.

(EMILIO hace mutis por la derecha.)

MARÍA IGNACIA.- **(Medio en broma medio en serio.)** Serenidad, tito.

(Entra en primer término, con aire enfurecido, EPIFANIO. Detrás ROBERTO. A continuación EMILIO, que se marcha por la izquierda.)

EPIFANIO.- ¡A ver quién se atreve a decir que me he llevado los candelabros!

ADRIÁN.- Nadie. Ése ha sido el pretexto de que me he valido para que vinieras.

EPIFANIO.- ¿Cómo?

ADRIÁN.- Los candelabros están en su sitio.

EPIFANIO.- Y entonces; esta broma ridícula, ¿qué objeto tiene?

ADRIÁN.- Sin levantar la voz.

EPIFANIO.- Es que no puedo tolerar...

ADRIÁN.- Porque bueno fuera que tú, que no tienes ni la menor idea de cómo se escribe una escena, quisieses ahora sacarte la espina haciéndome una.

EPIFANIO.- ¿Que no sé? Pienso enterrar su putrefacto teatro en el plazo máximo de tres años: Acabo de jurarlo en el Gijón.

ADRIÁN.- Muy bien. Primero, responderás ante los Tribunales de tus delitos.

EPIFANIO.- ¿De qué delitos?

ADRIÁN.- No de los literarios; naturalmente, porque con estas leyes absurdas, resulta que a uno puede gustarle *Dos hermanos* y seguir en libertad, no; de la falsificación de firmas, que, según mis informes, se castiga con la cárcel.

EPIFANIO.- ¿De qué firmas habla?

ADRIÁN.- De la mía, en las cartas que has mandado a la Prensa.

EPIFANIO.- ¡Ah! **(Es un «ah» impreciso, más que de aquel al que**

atrapan en el cepo, de aquel al que le sugieren, inesperadamente, una idea acertada.)

ADRIÁN.- Confiesa: fuiste tú quién dio la noticia de mi boda a los periódicos.

EPIFANIO.- Sí.

ADRIÁN.- ¡Tenías razón, María Ignacia! ¿Y cómo no lo vi yo desde el primer momento? Si no podía ser otro más que él. ¿Y con qué motivo, si se puede saber?

EPIFANIO.- **(Levísima pausa.)** Para desenmascararle.

ADRIÁN.- ¿A mí?

EPIFANIO.- Sí. A usted, que llevaba mucho tiempo jugueteando al lado de María Ignacia, envolviéndola con sus malas artes de Don Juan, llenándole la cabeza a la pobre niña de mil ideas falsas sobre la vida y las gentes; formándole una quinta columna en el cerebro y en la sensibilidad, para que cuando se decidiese a dar el paso decisivo reaccionase a favor suyo.

ADRIÁN.- **(Sordamente.)** Bicho.

EPIFANIO.- Siempre el equívoco del tío Adrián. El tío Adrián para arriba, el tío Adrián para abajo. Los regalitos, las atenciones, las entradas, las copas en Balmoral -al que destruiremos también, dicho sea de paso- todo, todo con el mismo objeto. La corte, indirecta y muy medida, a las amiguitas para que ellas le encontraran encantador y le sirvieran su propaganda a domicilio. Envenenándola, anestesiándola, por lo menos, a fin de que, a la hora H la cosa fuese como un paseo militar por un país conquistado.

ADRIÁN.- Podría hacerte callar estrangulándote o abrir el balcón sencillamente, pero prefiero que sueltes toda la bilis que traes almacenada.

EPIFANIO.- ¡Qué bilis ni qué historias! Sólo la verdad. ¿Y el fingirse débil y enfermo, teniendo una salud de toro, que a mí no me duelen prendas, para que ella viese que sí, que estaba sano? ¿Y el dárselas de viejo para que ella pensase que no lo era tanto? ¿Y el hacerse la víctima cuando algún crítico le cantaba las cuarenta y le ponía a caldo? Maniobras para que María Ignacia le compadeciera, farsa.

ADRIÁN.- Y la noticia en el periódico, claro...

EPIFANIO.- Era levantar el telón, de pronto, era enfocar la linterna al rincón oscuro, acabar con tantos equívocos y medias tintas y situar a cada uno en su puesto: a ella en el de Caperucita y a usted en el de Lobo Feroz.

ROBERTO.- **(Protesta.)** ¡Oh, no!

ADRIÁN.- Déjale, déjale que se vacíe.

EPIFANIO.- Desde ese momento ya no podía seguir jugando con dos caras. Había que elegir entre ser el tío Adrián o el señor Villalobos. Claro que yo contaba con la sensatez de María Ignacia; aunque todo lo temiera de su egoísmo.

ADRIÁN.- ¿De mi egoísmo?

EPIFANIO.- Sí; porque lo que esta muchacha se merece es un

hombre de su edad, que hable su mismo lenguaje y con el que descubrir el mundo a la vez. Porque lo bonito es que todo sea nuevo para los dos y no solamente para uno. Cantar la misma canción a coro y no con tres compases de retraso. Llegar a lo alto de la montaña a la misma hora y ver el paisaje con la misma luz.

ADRIÁN.- Vaya, un hombre como tú es lo que necesita María Ignacia.

EPIFANIO.- No, mejor que yo. Porque yo comprendo que no soy muy recomendable. Yo no soy diplomático ni arquitecto, que es lo que enloquece a las niñas casaderas, ni voy tampoco camino de serlo. Yo soy un escritor, y por estos barrios, las madres cuando ven que un tipo así ronda a sus hijas, telefonean a la Comisaría más próxima.

ADRIÁN.- Luego, eso que has hecho no es en beneficio tuyo y mirando por ti.

EPIFANIO.- No, señor; mirando por mi quinta y por el bien de mi país.

ADRIÁN.- Los pícaros celos, ¿no han representado papel ninguno?

EPIFANIO.- Sin, tener por qué avergonzarme de nada, declaro, señores, que María Ignacia me gusta muchísimo. Y he terminado.

(Y sale, dando un portazo. Hay un instante de estupor, al que sigue una auténtica sensación de descanso. MARÍA IGNACIA sonrío un poco enigmáticamente.)

ADRIÁN.- ¡Bueno! Ya se descubrió el misterio. **(Se sitúa lo más distante posible de la puerta de entrada.)**

MARÍA IGNACIA.- **(Con una irresistible simpatía hacia EPIFANIO.)** ¡Qué caso...! **(Le sonrío lejanamente.)**

ROBERTO.- Estos jóvenes de hoy salen finos.

MARÍA IGNACIA.- Y palabrería no le falta.

ROBERTO.- **(A ADRIÁN, reprobatorio.)** ¿Cómo le has tolerado?

(ADRIÁN se encoge de hombros con un ademán de superioridad.)

MARÍA IGNACIA.- **(Impertinentilla.)** El autor dramático...

ADRIÁN.- **(Súbitamente.)** ¡Cuidado! Yo no he oído la puerta de la calle. Ese tío está ahí todavía. **(Se dispone a cruzar con rapidez de un extremo a otro, cuando EPIFANIO reaparece.)** ¿Qué he dicho?

EPIFANIO.- **(Se apoya con las manos contra la puerta. Muy dueño de sí.)** ¿Le gustó la escena?

ADRIÁN.- ¿Cómo?...

EPIFANIO.- ¿Me sigue creyendo incapaz de escribirlas?

ADRIÁN.- ¿Es que no es verdad lo que acabas de confesar?

EPIFANIO.- Lo de María Ignacia, sí. Lo de la carta, no...

ADRIÁN.- ¿No la falsificaste tú?

EPIFANIO.- ¡No!

ROBERTO.- ¡Esto sí que es bueno!

ADRIÁN.- ¡Júrame que no mientes!

EPIFANIO.- Se lo juro por Beckett.

ROBERTO.- El de «volverán las oscuras golondrinas», ¿no?

MARÍA IGNACIA.- (**Soñadora.**) No, no... el de «Esperando a Godot».

ADRIÁN.- ¿Quién ha sido, entonces?

EPIFANIO.- ¿Qué culpa tengo de que usted esté tan ciego que no lo vea?

ADRIÁN.- ¿A quién acusas, di, a quién?

EPIFANIO.- A don Roberto...

ROBERTO.- (**Airadísimo.**) ¡Oye, niño del demonio...!

ADRIÁN.- (**Lo contiene.**) Calma, calma... (**A EPIFANIO.**) ¿Y por qué precisamente a don Roberto?

EPIFANIO.- Porque don Roberto anda rondando a Nany desde hace mucho.

ROBERTO.- ¡Desvergonzado!

EPIFANIO.- Niéguelo, si se atreve. Y la manera más directa de salirse con la suya es que usted se case y la deje libre.

ROBERTO.- ¿Qué quieres decir? ¿Qué yo he mandado la carta?

ADRIÁN.- Don Roberto es un caballero y un amigo, ¿lo oyes?

EPIFANIO.- Todo lo que quiera. Pero Nany no se anduvo con pelos en la lengua.

ROBERTO.- (**A ADRIÁN.**) ¿Me dejas que le dé su merecido?

EPIFANIO.- ¡Ay, qué miedo!

ADRIÁN.- Epifanio: sigue la flecha. (**Le señala con el dedo la puerta de la calle.**) Al fin... solos.

(**MARÍA IGNACIA no ha perdido un sólo instante su sonrisa enigmática durante toda la escena.**)

ROBERTO.- Adrián, yo te juro que...

ADRIÁN.- ¡Basta! Se acabó. Sea quien sea el responsable de todo, doy por terminadas mis pesquisas. ¿Conformes?

MARÍA IGNACIA.- Pero, ¿quién pudo ser?

ADRIÁN.- Si esto fuese una comedia, yo a ojos cerrados acusaría a Emilio. (**A EMILIO que ha entrado un momento antes.**) ¿Eh? ¿Qué opina usted?

EMILIO.- ¡Qué cosas tiene el señor!

MARÍA IGNACIA.- En fin, a quien sea, buen provecho le haga.

ROBERTO.- Bueno. Ya no hay tiempo para tomarse una copa. Me voy al Mirlo Blanco, que la comida de la noche me preocupa mucho.

ADRIÁN.- Como gustes. Allí nos veremos, entonces.

ROBERTO.- Ya sabes el menú. Timbal de langosta, pollos en cacerola y espárragos dos salsas. ¿Qué te parece?

ADRIÁN.- Sensacional.

ROBERTO.- Hasta luego. Adiós, María Ignacia.

MARÍA IGNACIA.- Adiós, don Roberto.

(Mutis de ROBERTO por la derecha precedido de EMILIO.)

ADRIÁN.- ¿La declaración de Epifanio, te sorprendió mucho?

MARÍA IGNACIA.- A cualquier cosa le llamas tú una declaración.

ADRIÁN.- Mujer, un poco extraña sí ha sido, y públicamente... que no se acostumbra... Pero, declaración, al fin y al cabo.

EMILIO.- **(Cómplice.)** Doña Pura.

(MARÍA IGNACIA, asaltada de una súbita idea, coge a ADRIÁN del brazo. Así, ambos, como una pareja de enamorados hacen frente a PURA que, en el primer momento, los mira sin saber a qué atenerse.)

MARÍA IGNACIA.- **(Con aire de recitado.)** En la iglesia de los Jerónimos han contraído matrimonio la señorita María Ignacia Villalobos Solís...

ADRIÁN.- Alias Pulguita...

MARÍA IGNACIA.- ...que lucía precioso traje blanco de organza con velo de tul ilusión, y el autor de la aplaudida comedia *Nubes de verano*...

ADRIÁN.- Lee tío Adrián.

MARÍA IGNACIA.- Apadrinaron a los contrayentes...

PURA.- Oye, niña del demonio: ¿estás hablando en broma o en serio?

ADRIÁN.- Tranquilízate, Pura. En broma.

PURA.- **(Recelosa.)** Con vosotros nunca sé a qué atenerme.

ADRIÁN.- ¿No te inspiro confianza?

PURA.- Pues... no.

MARÍA IGNACIA.- ¿Y yo?

PURA.- Tampoco. Habéis nacido él uno para el o... **(Se contiene a tiempo de completar la frase que resultaría, en estos momentos, especialmente inoportuna. ADRIÁN y MARÍA IGNACIA se miran con una graciosa complicidad.)**

ADRIÁN.- Pura: después de una larga conferencia, María Ignacia y yo hemos decidido continuar como hasta ahora. Nos hemos llevado tan bien así que sería aventuradísimo el que ella hiciese de su tío su marido.

PURA.- Vaya...

MARÍA IGNACIA.- ¿Contenta?

PURA.- Que seáis muy felices, hija mía.

ADRIÁN.- Lo procuraremos. Y si queréis almorzar conmigo en cualquier lado para celebrar mi cumpleaños, a tiempo estáis.

PURA.- Almuerzo tú en casa con nosotras, es mejor.

ADRIÁN.- Estupenda idea.

PURA.- ¿Bajas, entonces?

ADRIÁN.- Dentro de cinco minutos.

PURA.- Hasta luego.

(Mutis por la derecha.)

MARÍA IGNACIA.- Adiós, tío Adrián.

(ADRIÁN la coge por la cintura y le da un azote allí donde la espalda etc.)

ADRIÁN.- Adiós, Pulguita.

MARÍA IGNACIA.- (Dolorida.) ¡Auuuu!...

(Y se va detrás de su tía.)

ADRIÁN.- ¡Emilio! (Abre el balcón y se asoma un momento a la calle. Después, se vuelve de cara al público, se desabrocha la americana y se palmorea el pecho optimista.)

EMILIO.- Mándeme el señor.

ADRIÁN.- El invierno se acabó para siempre. Voy a quitarme el chaleco.

EMILIO.- Magnífico: cámbiese también de corbata. (ADRIÁN se quita el chaleco. EMILIO hace mutis y vuelve enseguida con una corbata de lazo y unos zapatos de ante. Le enseña el lazo.) ¿Le gusta?

ADRIÁN.- Ya lo creo. (EMILIO se la cambia) ¿Se acuerda, Emilio? Viéndole a usted hacer la corbata de lazo al galán del Fontalba se me ocurrió proponerle que continuase representando, en mi casa y por tiempo indefinido su papel de *valet*. Fue un «*coup de foudre*».

EMILIO.- ¿Qué significa eso, señor? Sabe que yo nunca hice extranjeros.

ADRIÁN.- Un flechazo, Emilio. (Se toca el lazo. Simplemente al tacto le asegura que salió bien.) Perfecto. Ah, zapatos de ante. Bueno. Conforme.

EMILIO.- (EMILIO se arrodilla paralelamente al espectador y va cambiándole los zapatos; atándoselos cuidadosamente y limpiándoselos.) Por cierto, dice el señor que si esto fuese comedia, sería el criado el que habría mandado la carta.

ADRIÁN.- Hasta el espectador de menos imaginación lo adivinaría.

EMILIO.- Pues esto debe de ser una comedia, señor, y no se ha equivocado, porque el de las cartas he sido yo.

ADRIÁN.- ¿Qué estoy oyendo, Emilio? ¿Y quién las firmó?

EMILIO.- Yo mismo. Aprendí sin darme cuenta firmando los certificados.

ADRIÁN.- Sí, sí... Y ese giro de...

EMILIO.- No, los giros no.

ADRIÁN.- Digo el giro de, «para muy en breve se anuncia».

EMILIO.- Ése no es mío, señor. Se lo copié a don Fernando Velasco.

ADRIÁN.- ¿Y por qué se le ocurrió lo de María Ignacia?

EMILIO.- Porque yo hubiese jurado que bastaba darles la idea para que la cosa fuese sobre ruedas.

ADRIÁN.- Y todo, ¿con qué finalidad, Emilio?

EMILIO.- Con la de que el señor se case.

ADRIÁN.- No lo entiendo, Emilio.

EMILIO.- **(Enfadado.)** Señor, con todos los respetos, a mí me parece que usted tiene una idea falsa de la vida.

ADRIÁN.- ¿Sí...?

EMILIO.- El señor supone que será siempre como ahora, y no. Después vienen los cálculos al riñón y la hiperclorhidria y los insomnios. Y es muy molesto pasar todo eso en soledad.

ADRIÁN.- Ya.

EMILIO.- Puesto que el señor está en pleno éxito y como una rosa, pienso que es el momento de casarse. Hoy todavía lo puede hacer a la par; si se retrasa mucho, tendrá que dar momio.

ADRIÁN.- Bien, hombre.

EMILIO.- De mi lealtad, no dudará el señor. Pero como a la vista del escándalo que se ha armado, temo haberme excedido, y aunque mis intenciones eran buenísimas, pongo mi cargo a su disposición.

ADRIÁN.- **(Con la mirada en un punto impreciso.)** Calle, calle...

EMILIO.- No dude en prescindir de mí Del Teatro Español me han avisado para una traducción y...

ADRIÁN.- **(Sin contestarle de una manera precisa.)** Es curioso... Antes, eran sólo las madres de las niñas en estado de merecer las que cercaban nuestra soltería. Ahora, hasta el servicio nos pone trampas.

EMILIO.- Señor...

ADRIÁN.- Cuando hoy por la noche me presente en El Mirlo Blanco, supongo que me aplaudirán como a los reyes que salieron indemnes de un atentado. En fin, Emilio, me voy. Si algún regalo de boda llega para mí, devuélvalo sin vacilar. ¿Ha oído? Porque, no lo dude. Yo sigo soltero hasta nueva orden.

(Inicia el mutis por la derecha, mientras cae el...)

TELÓN

△

Epílogo

Han pasado siete meses desde que concluyó el acto anterior. Es de noche.

En el momento de comenzar la acción, MARÍA IGNACIA está en escena. Ha cambiado mucho. Va peinada de manera diferente. Como se sabrá muy pronto, come fuera de casa. Vestirá por tanto,

**con cierto empaque. A los pocos segundos de levantarse el telón,
entra EMILIO por la izquierda.**

EMILIO.- El señor tardará ya muy poco.

MARÍA IGNACIA.- (**Sentada frente a la mesa de la derecha, lee uno de los libros y lo guarda en la biblioteca.**) No le he entendido bien antes, Emilio. ¿Es que se estaba cambiando de traje o es que no se ha levantado todavía?

EMILIO.- (**Un poco sonrojado.**) Es que... no se había levantado aún.

MARÍA IGNACIA.- Pero, ¿es que se había acostado a dormir la siesta o es que no se había levantado ni para almorzar?

EMILIO.- Es que no se levantó hoy.

MARÍA IGNACIA.- Pero ¿es que se encontraba mal y por ese motivo se quedó en la cama, o es que se quedó en la cama a pesar de encontrarse bien?

EMILIO.- No, no... bien estaba... Vamos, de salud.

MARÍA IGNACIA.- ¿De qué está mal, entonces?

EMILIO.- De ánimo. Lleva muchos días apenadísimo después de lo del... estreno.

MARÍA IGNACIA.- Sí, ha tenido mala suerte. No merecía el fracaso.

EMILIO.- Desde luego que no. Claro que tampoco el señorito Epifanio merecía el éxito.

MARÍA IGNACIA.- (**Misteriosa.**) Quién sabe...

EMILIO.- Y ya lo ve usted. (**Transición.**) Hay que darle ánimos a don Adrián, señorita. Dígaselo a doña Pura.

MARÍA IGNACIA.- ¿Y por qué mella, especialmente?

EMILIO.- Porque yo sé que la señora tiene mucha influencia sobre él.

MARÍA IGNACIA.- Y a las nueve de la noche, ¿para qué se levanta el señor? Y con el frío que hace. ¿Come fuera?

EMILIO.- ¿Es que la señorita no venía a buscarle?

MARÍA IGNACIA.- No, no... Yo voy a la cena del Premio Saturno... y justo con sus entradas. A recogerlas había subido.

EMILIO.- Ah, pues entonces... no sé. A mí me preocupa mucho. Está rarísimo, se lo aseguro.

MARÍA IGNACIA.- ¿Qué es lo que dice y lo que hace?

EMILIO.- Fíjese que le han gustado *Los diez mandamientos*.

MARÍA IGNACIA.- ¿A usted, no?

EMILIO.- Por Dios, señorita. No olvide usted que yo trabajé con Rambal que sabía de eso más que nadie. Cuando vi lo del paso del Mar Rojo, me entró tal risa que pienso confesarme.

MARÍA IGNACIA.- Pues a mí, la verdad...

EMILIO.- Ahora parece que van a estrenar otra mucho más larga, que dura día y medio. Aconsejan que se lleve uno muda y cepillo de dientes. No sé dónde vamos a parar. Las películas cada vez más grandes y las comedias cada vez más chicas... (**Suena el timbre del servicio.**) Perdóneme.

(Y hace mutis por la izquierda. MARÍA IGNACIA curiosear un momento la habitación. EMILIO regresa enseguida.)

MARÍA IGNACIA.- ¿Se arregló ya?

EMILIO.- Casi... pero tome las entradas, por si lleva prisa y no puede esperarle.

MARÍA IGNACIA.- Sí, sí, le esperaré. Lo del Premio Saturno no comienza hasta las diez y media.

EMILIO.- ¿Es uno de esos premios que se conceden a los postres?

MARÍA IGNACIA.- Justo, Emilio. Éste es a la mejor novela de angustia del año.

EMILIO.- Estas comidas despistan mucho. En el consomé, por ejemplo, el favorito es José Gómez, y apenas han empezado a servir la lubina, resulta que ya no es él, sino Juan Fernández. Juan Fernández se las promete muy felices y de pronto, zas, el plato de pollo y a freír espárragos Fernández. Vienen los espárragos y el candidato es Antonio Gutiérrez y así van cambiando, hasta que, a la hora del café, resulta que le dan el premio a un señor de Crevillente que estaba escuchando la radio en ese momento y que ni se había presentado siquiera. ¿Y es grande el premio? Porque los hay de cien y de doscientas mil...

MARÍA IGNACIA.- ¿Éste de hoy? No, un objeto de arte nada más. Es lo que tiene de original el Saturno.

EMILIO.- Don Adrián fue jurado una vez del Premio Hércules. ¿No se acuerda la señorita?

MARÍA IGNACIA.- Pues no.

EMILIO.- A la mejor comedia extranjera sin toxicómanos. Se declaró desierto.

(ADRIÁN entra por la izquierda. Viste un traje claro, en el que detonarán el brazalete y la corbata negra.)

ADRIÁN.- Hola, Pulguita.

MARÍA IGNACIA.- **(Le besa cariñosamente.)** Pero, tío Adrián: ¿de luto aún?

ADRIÁN.- El lunes se cumple el primer mes del estreno. Pienso llevarlo hasta entonces.

MARÍA IGNACIA.- Me parece una exageración.

ADRIÁN.- «Matías Sanjulián» era como un hijo mío.

MARÍA IGNACIA.- Bueno, bueno, allá tú.

(EMILIO hace mutis por la izquierda.)

ADRIÁN.- ¿Te dio Emilio las invitaciones?

MARÍA IGNACIA.- Sí, sí. Aquí las tengo.

ADRIÁN.- ¿Con quién vas, si puede saberse?

MARÍA IGNACIA.- Tú le conoces, tío Adrián, y yo estaba deseando decírtelo.

ADRIÁN.- **(Una levísima pausa.)** ¿Epifanio?

MARÍA IGNACIA.- A nadie se lo he contado; ni a la tía Pura.

ADRIÁN.- Te agradezco la confianza: (Sin ninguna reserva.) Mira, mira... ¿Y te gusta?

MARÍA IGNACIA.- Estoy estudiándolo. Y dudo... Pero, por lo menos, me interesa.

ADRIÁN.- Es natural.

MARÍA IGNACIA.- No es fácil conocerle, porque tiene una capa de cinismo que lo enmascara un poco. No sé de qué grosor es. El cinismo, si es profundo, asusta; si es superficial, resulta divertido.

ADRIÁN.- El cinismo y la crueldad son dos defectos para los que se necesita un poco de inteligencia y eso le da cierto prestigio literario. ¿Te ha dicho que te quiere?

MARÍA IGNACIA.- **(Se ríe.)** Sí, varias, veces.

ADRIÁN.- ¿Y tú a él?

MARÍA IGNACIA.- Yo, no.

ADRIÁN.- ¿Y por qué? ¿No le quieres?

MARÍA IGNACIA.- Sin tu venia, no.

ADRIÁN.- **(A medias asombrado, a medias irónico.)** ¿Cómo, cómo...?

MARÍA IGNACIA.- Epifanio se portó mal contigo. Y yo no soy capaz de decirle nada agradable mientras tú no le perdones.

ADRIÁN.- Caramba, María Ignacia. Te lo agradezco mucho. Pero por mi indulto, que no quede.

MARÍA IGNACIA.- Si un día subiese a verte, ¿le pondrías mala cara?

ADRIÁN.- ¿Por qué? Viniendo a través de ti, llegaría purificado.

MARÍA IGNACIA.- Y si subiese ahora mismo, ¿le abrirías la puerta?

ADRIÁN.- Ajá... ¿Es que está abajo?

MARÍA IGNACIA.- En realidad, donde está es arriba, en el descansillo, esperándome. No tiene que subir, sino que bajar, pero el que llegue aquí, subiendo o bajando te es lo mismo, ¿no?

ADRIÁN.- **(Magnánimo.)** Claro, claro.

MARÍA IGNACIA.- **(Con monería. Tímidamente.)** ¿Le aviso?

ADRIÁN.- Avísale.

(MARÍA IGNACIA le sonrío, desde la puerta hace mutis. ADRIÁN, a EMILIO que llega por la izquierda.)

¿Sabe quién va a entrar por esa puerta dentro de un segundo, Emilio? Epifanio el futuro de María Ignacia, mi sobrina. ¿Qué le parece?

(EMILIO no tiene tiempo de contestar lo que le parece. EPIFANIO entra remolcado por MARÍA IGNACIA. Viste, un traje oscuro.)

EPIFANIO.- Hola, don Adrián.

ADRIÁN.- Hola, hombre. **(Silencio.)** Pasa, Pasa... Siéntate.

EPIFANIO.- **(EPIFANIO le obedece. EMILIO se va por la derecha con aire ofendido.)** Muchas gracias.

ADRIÁN.- Y enhorabuena por tu éxito.

EPIFANIO.- ¿La ha visto usted?

ADRIÁN.- No, todavía no. Pero pienso verla.

EPIFANIO.- Avíseme cuando quiera: le dejaré un palco.

ADRIÁN.- No, no. Tomaré una butaca. Hay que predicar con el ejemplo. Me contaron el tema. Es atrevidillo.

EPIFANIO.- ¡Bah!

ADRIÁN.- Un comerciante fuerte como un roble, natural de Palencia por añadidura, y que aguanta que su mujer le toree con el médico del Seguro de Enfermedad.

EPIFANIO.- Es un drama social, don Adrián.

ADRIÁN.- Sí; sí, pero a pesar de eso... a mí no me hubiera extrañado que el público...

MARÍA IGNACIA.- Pues reaccionó muy bien.

ADRIÁN.- Ya, ya. Es evidente... **(Transición.)** ¡Ay! No se puede olvidar que, don Pedro Calderón de la Barca está haciendo méritos para entrar en la Nato.

MARÍA IGNACIA.- Te gustará mucho, tío.

ADRIÁN.- ¿Cuándo es la cien?

MARÍA IGNACIA.- **(Rápido.)** El nueve por la tarde.

ADRIÁN.- **(ADRIÁN no deja de subrayar con una leve sonrisa la precisión de MARÍA IGNACIA.)** Bueno, hombre, bueno... **(Se queda un momento pensativo mirando a EPIFANIO, con un aire que no se sabe bien si de aprobación o de melancolía.)** La verdad es que no es nunca fácil que los jóvenes y los que ya dejamos de serlo nos entendamos. Nosotros empeñados en creer que nos llevamos a la tumba todo el talento que hay en el país, vosotros, convencidos de que sólo cuenta el que traéis.

MARÍA IGNACIA.- No digas eso, tío Adrián.

ADRIÁN.- Estad tranquilos, triunfaréis siempre. ¿Y, sabéis por qué? Porque la juventud tiene enamorado al tiempo como la Rosina de *El barbero de Sevilla*, a su tutor. Y el tiempo os da todos los gustos, todas las locuras que le pedís. Acabaréis saliéndoos con la vuestra. Con el arte abstracto, con la música dodecafónica, con Beckett... En fin.

MARÍA IGNACIA.- **(Risueña.)** En fin, ¿qué tío Adrián?

ADRIÁN.- Que es ley de vida que los jóvenes nos roben las sonrisas de las mujeres y los aplausos, las dos cosas que valen más en la tierra. Y que es inútil rebelarse contra esa ley.

MARÍA IGNACIA.- Tío Adrián, nada de ponerse triste.

EPIFANIO.- Yo quería decirle que *El caso de Matías Sanjulián*, a mí me ha gustado mucho.

ADRIÁN.- ¿Sí? Vaya, hombre.

EPIFANIO.- Y que yo fui de los que aplaudieron.

ADRIÁN.- Dirás en todo caso, el que aplaudió.

MARÍA IGNACIA.- ¡Huy, no exageres! Fuimos muchos, y uno de

ellos, desde luego, Epifanio, que yo lo vi.

ADRIÁN.- Pues... muy agradecido.

EPIFANIO.- No; no. La escena del segundo acto me parece un acierto.

ADRIÁN.- **(Halagado pero deseoso de que no se le note.)** ¿Cuál? ¿La escena con el capitán de Intendencia?

EPIFANIO.- Sí. **(Con el aire del técnico que sopesa una materia delicada.)** Tiene fuerza y se dicen unas cosas... Yo la oí elogiar mucho en el entreacto.

ADRIÁN.- ¿Ah, sí?

MARÍA IGNACIA.- Si no, no lo diría. Epifanio es muy sincero.

ADRIÁN.- Ya, ya... ¿Y qué? Preparas algo nuevo; supongo.

EPIFANIO.- Pues mire, la verdad, sí.

ADRIÁN.- ¿Comedia, drama?

EPIFANIO.- Drama, por Dios, ¡espero que no!... Preparo una comedia rosa.

ADRIÁN.- Vaya, hombre. ¿Abandonas las barricadas?

EPIFANIO.- No hablo de proyectos literarios, sino personales, don Adrián.

ADRIÁN.- Explícate.

EPIFANIO.- Preparo mi matrimonio con María Ignacia.

ADRIÁN.- Caramba.

EPIFANIO.- Si consigo convencerle a usted.

ADRIÁN.- No, querido, a mí, no. A ella.

EPIFANIO.- María Ignacia me dice que a usted.

ADRIÁN.- Si se tiene convencida a la novia no sé para qué demonios se necesita convencer al tito.

MARÍA IGNACIA.- Me hace feliz oírte.

(Suena el teléfono. EPIFANIO que está cerca de él instintivamente lo coge.)

EPIFANIO.- Sí, la casa de don Adrián Villalobos. ¿Quién es?... Un segundo. **(A ADRIÁN.)** Es alguien de la Fox... **(Hace ademán de pasarle el aparato. ADRIÁN lo rechaza y le invita al mismo tiempo a que se entere de lo que quiere.)** Dígame lo que sea... Sí, sí... conforme... Aguarde un momento. **(A ADRIÁN.)** Que acaba, de recibir un cheque en dólares con los derechos de *Nubes de verano*, que si lo manda o si prefiere cobrarlos en Suiza.

ADRIÁN.- **(Excitadísimo.)** ¡Por Dios, en Suiza no!

EPIFANIO.- No, no. Es mejor que...

ADRIÁN.- **(Toma el aparato.)** Soy Villalobos. Encantado... No, no... El chequcito lo lleva usted al Instituto de Moneda, ¿comprende usted? **(Entretanto MARÍA IGNACIA y EPIFANIO se acercan y se hablan en voz baja amorosamente.)** Para que no haya bromas, y el total me lo ingresa usted en mi cuenta corriente. ¿Entendido? Muy bien, muy bien...

Pues muchas gracias, *mister Johnson*. Adiós. **(Y cuelga.)**

MARÍA IGNACIA.- Tío Adrián, has estado simpatiquísimo. Nos marchamos.

ADRIÁN.- Como gustéis.

MARÍA IGNACIA.- ¿Quieres que te telefonee lo del Saturno?

ADRIÁN.- No, no me apasiona tanto. Además, he de ver a Roberto.

MARÍA IGNACIA.- Hasta mañana, entonces.

ADRIÁN.- Hasta mañana.

EPIFANIO.- Don Adrián, yo...

ADRIÁN.- Tú, ¿qué?

EPIFANIO.- Usted sabe que para mí, de los de más de cincuenta años... no hay nadie que le iguale.

ADRIÁN.- Vaya, hombre. Te lo agradezco.

EPIFANIO.- Buenas noches.

ADRIÁN.- Buenas noches.

(Hace mutis por la derecha. MARÍA IGNACIA se queda como rezagada unos segundos en el umbral, mientras EPIFANIO sale.

Después se acerca a ADRIÁN.)

MARÍA IGNACIA.- ¿Verdad que no es malo?

ADRIÁN.- Seguramente, no, María Ignacia.

MARÍA IGNACIA.- ¿Serás mi padrino, verdad?

ADRIÁN.- Cuenta conmigo.

MARÍA IGNACIA.- **(Le besa.)** Te adoro, tío Adrián.

ADRIÁN.- Adiós, Pulguita. **(Mutis de MARÍA IGNACIA. ADRIÁN queda un segundo pensativo.)** ¡Emilio!

EMILIO.- Mándeme el señor. **(Trae un periódico de la noche y se lo entrega.)**

ADRIÁN.- ¿Cuándo se estrenó la comedia de Epifanio?

EMILIO.- El 28 de octubre, creo.

ADRIÁN.- Entonces... **(Cuenta con los dedos y rezonga para sí.)** ¿Qué demonio es eso de que celebran las cien el nueve? Le meten de clavo quince representaciones... Vaya con los de la nueva ola. Empiezan como nosotros... Sáqueme el abrigo, ande. **(Y abre el periódico allí por donde suele andar la sección de teatros. De pronto hace un gesto de asombro.)** ¡No! **(EMILIO entra con el abrigo.)** No es posible.

EMILIO.- ¿Pasa algo, señor?

ADRIÁN.- Supongo que esta noticia no la habrá mandado usted al periódico.

EMILIO.- ¿Qué noticia?

ADRIÁN.- «Hoy por la mañana han contraído matrimonio en la iglesia del Perpetuo Socorro, la bellísima actriz Nany Castellanos y el conocido industrial don Roberto Páez. La boda se celebró en la más estricta intimidad».

EMILIO.- Le juro, señor, que yo no tengo nada que ver con todo eso.

ADRIÁN.- No es necesario que me lo jure. **(Transición.)** Para que se fíe uno de los compañeros de colegio. ¡Qué desvergüenza!

EMILIO.- Pero ¿el señor no sabía nada?

ADRIÁN.- Hombre, yo sabía que a don Roberto, Nany le parecía el non plus ultra. Claro; por eso había desaparecido el muy bergante. Llévase, llévase el abrigo. Iba al Mirlo Blanco a ver si lo encontraba.

EMILIO.- No doy dos pesetas por la felicidad de don Roberto.

ADRIÁN.- ¡Bah! Nos empeñamos en creer que la felicidad viaja siempre por la carretera real. ¡Tantas veces prefiere los caminos vecinales...!

EMILIO.- Vea, como todos se casan.

ADRIÁN.- ¿Y qué, hombre? Usted ignora la cantidad de matrimonios que han fracasado la noche del estreno y a los que no se les han dado las cien representaciones.

EMILIO.- Sí, pero si sale bien es lo mejor del mundo.

ADRIÁN.- O lo peor, si sale mal. Y en todo caso, ¿quién le manda a uno exponerse? **(Transición.)** El matrimonio... el matrimonio...

EMILIO.- Una mujer, señor, al lado de uno...

ADRIÁN.- Una mujer, sí, claro, ¿quién lo duda? es un encanto, pero llega un momento en que nos dice adiós con el pañuelo desde la ventanilla del tren y nos deja en la estación con el que vende las cervezas... o sigue a nuestro lado y engorda y empieza a roncar; lo cual es más grave. **(Entretanto, EMILIO prepara la mesa.)** ¿Qué hace, Emilio?

EMILIO.- ¿Es que no va a comer?

ADRIÁN.- Pues... no. Ando con poco, apetito...

EMILIO.- Aliméntese, señor, y déjese de chiquilladas.

ADRIÁN.- Más gente ha muerto de comer mucho que de comer poco.

EMILIO.- Sí, pero de aquellos todavía algunos se salvan.

ADRIÁN.- No, de verdad, Emilio. Le agradezco el interés pero no me insista.

EMILIO.- ¿Se encuentra mal?

ADRIÁN.- Estoy aburrido, eso es todo. Hace unos meses, ¿se acuerda?, me hablaba de la hiperclorhidria y de los cálculos del riñón como anuncio de la vejez.

EMILIO.- ¿Nota algún síntoma el señor?

ADRIÁN.- ¿De eso? Ninguno...

(Mutis un tanto enigmático de EMILIO.)

Pero la vejez la anuncia, en ocasiones no el dolor físico, sino un pájaro inmenso que mueve sus alas, sus grandes alas, lentamente, que tiene su nido en el horizonte y que vuela hacia nosotros. ¿Sabe qué pájaro es ése? El hastío. Todo aquel que cumplió cincuenta años lo vio pasar alguna tarde delante de su ventana. **(Ahora se da cuenta de que EMILIO se había ido.)** Anda, demonio, estaba hablando a las paredes... ¡Emilio!

Venga para aquí, hombre... Me siento en vena de confidencias... **(Transición.)** ¿Será con las paredes con lo que están condenados a dialogar los solteros... o los viejos...? **(Oye a EMILIO hablar y se extraña.)** ¿A quién telefona usted, Emilio? **(EMILIO no contesta. ADRIÁN vuelve a coger el periódico. Parece dispuesto a leerlo, pero EMILIO entra por la izquierda en una actitud tan rara que ADRIÁN se intranquiliza.)** ¿Qué le sucede, Emilio?

EMILIO.- Acabo de avisar a doña Pura.

ADRIÁN.- ¿Por qué?

EMILIO.- Cuando al señor le dio el ahogo hace cerca de un año, me aconsejó mucho que, si le repetía, le avisase inmediatamente.

ADRIÁN.- De acuerdo, pero a mí no me ha dado ahora ninguno, que yo sepa.

EMILIO.- Como aquel, no; pero me parece que el que le estaba dando era más grave y que doña Pura, que tanto quiere al señor y que es tan buena, a lo mejor se lo curaba.

ADRIÁN.- ¡Emilio!

EMILIO.- Señor: usted está enfermo, sin saberlo, de soledad. Es un mal espantoso, pero que se remedia fácilmente.

ADRIÁN.- ¡Emilio!

EMILIO.- Doña Pura le quiere, está enamorada de usted. ¿No lo ha notado?

ADRIÁN.- ¿Qué disparates son esos?

EMILIO.- Yo la vi la otra vez. Sólo una mujer enamorada le cuida como ella. Y ahora, siento que no haya oído el grito que dio por teléfono.

ADRIÁN.- Pues le vas a decir que...

(Suena el timbre de la puerta, nerviosamente.)

EMILIO.- Señor, yo se lo pido. Hágase el enfermo. No me descubra. Es sencillísimo. Mire... **(Él mismo se tumba en el sofá y simula un gesto, como actor que es, bastante expresivo.)** Ya que tiene la suerte de que alguien le quiera, no la desperdicie. **(Suena el timbre.)** Fíjese la angustia, el sufrimiento que revelan esos timbrazos. Es la última oportunidad, señor. **(Dramático.)** Contaré tres antes de abrir. Pero cuando entremos, espero encontrarle a usted ahí **(Señala el sofá.)** , y con cara de angina de pecho.

(Hace mutis y cierra la puerta detrás de sí.)

ADRIÁN.- **(Muerde las palabras.)** Maldito Emilio...

PURA.- **(Desde dentro.)** ¡Adrián! ¡Adrián! **(ADRIÁN con una mirada de contrariedad se desata el nudo de la corbata, y se tumba en el sofá siguiendo las instrucciones que le marcó EMILIO. PURA entra apenas cumplida su pantomima.)** ¿Qué te pasa?

(EMILIO, tras ella, se frota maliciosamente las manos. Ya puede sentirse contento. PURA y ADRIÁN no tardarán en casarse, como EPIFANIO y MARÍA IGNACIA, como ya lo hicieron ROBERTO y NANY. Cae rápidamente el...)

TELÓN

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

